Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX | San José, Costa Rica **1929** Sábado 27 de Julio | Núm. 4

SUMARIO

En la experiencia de la vida hay que buscar la perfección moral, dice Hermann Keyserling

El viaje del filósofo a la Argentina

= De *La Nación*. Buenos Aires =

HOMBRE extraordinariamente alto, tocado con sombrero de alas enormes, Keyserling parece poner cierta coquetería en conservar, junto a su indumentaria de ciudadano, algunos detalles que recuerdan su origen campesino. Lo es, esencialmente. Descendiente de una secular familia de terratenientes del Báltico, es, ante todo, un campesino ruso, con rasgos mongólicos y una alma plasmada en el contacto con la naturaleza. Una alma rusa, como él se complace en repetir, aun cuando por el lado materno sea de origen francés.

Un nórdico todo energía.—Dice que lo único que le cansa es hablar. Puede leer y escribir durante doce o catorce horas diarias, según nos manifiesta. Hablar, empero, le fatiga, y por eso rehuye en lo posible la vida mundana, donde conversar es obligación. Es orador, pero no quiere ser un *causeur* Y se explica. Keyserling habla con una rapidez extraordinaria. Es difícil que el mejor taquígrafo fuera capaz de seguirle más de cinco minutos. Quizá no alcanzara a tanto.

Esa manera de expresarse revela al hombre: puro dinamismo; un nórdico todo energía. *Causeur*, sin embargo, lo es, aunque no quiera. Al periodista que le pide una entrevista de veinte minutos lo retiene hora y media, hablando a toda velocidad, diciendo siempre cosas profundas... e interesantes.

Keyserling se ha propuesto una misión en la vida y esa misión se resume en la palabra *ser.* Hay hombres que viven para estudiar, para conocer. Hay otros que existen para gozar u obtener los medios materiales para hacerlo. Keyserling se ha propuesto *vivir,* pero vivir una vida integral, una vida profunda. La vida del espíritu, que no es únicamente la vida de la inteligencia y menos todavía la vida de los sentidos.

Esa vida así vivida tiene una finalidad: servir de órgano social, órgano de la humanidad, que tal es, según Keyserling, la misión del filósofo. Desde fines del siglo XVII el mundo occidental ha pasado por un período libresco, creó el tipo del hombre abstracto, del hombre general. Pero no hay tal hombre, dice nuestro huésped. Sólo hay individuos concretos y Keyserling se ha propuesto vivir concretamente «su propia vida», aleccionado por el contacto con la naturaleza,



Keyserling

con las gentes, con las cosas, con la vida. Ha leído muy poco y se jacta de ello. Tiene horror a la erudición. Por nada en el mundo quisiera que se le confundiera con un tragalibros. La experiencia y los viajes han hecho de él lo que es; lo que él quisiera que muchos fueran.

Los tiempos de la fe han pasado.—Esta fórmula de «vivir su propia vida» no hay que confundirla con la que fué puesta de moda por cierta literatura de fines del siglo pasado. No tiene un significado hedonista. No quiere decir vivir una vida extravertida, al margen de la moral. Para Keyserling la fuente de todo progreso es el progreso del alma. Como los místicos de la Edad Media, su anhelo consiste en hacer progresar interiormente a los hombres, y este cultivo de la vida interior es el secreto y razón de ser de su propia vida. Lo que, por contagio, él quisiera hacer compartir a los demás.

La Edad Media, que produjo un tipo de hombre integral, obtuvo eso por medio de la fe. Pero los tiempos de la fe han pasado, dice Keyserling. Ahora el mismo resultado tiene que ser obtenido por la *comprensión,* lo cual no significa entender las cosas por medio de la inteligencia, sino compenetración, contacto íntimo con la vida, y, desde luego, con la energía creadora de la vida, con lo que Keyserling, tomando la palabra con la cual Ricardo Wilhelm traduce el vocablo chino *Tao*, llama el Sentido (el sentido del cosmos), con lo que los estoicos llamaron el «logos espermático», la razón seminal u originaria de las cosas, la inteligencia dinámica que en el universo se revela.

Nuestro San Juan de la Cruz ha llamado a eso «la fuente eterna que siempre mana y corre»; pero Keyserling, que habla el castellano sin haberlo estudiado, no ha frecuentado nuestra literatura clásica. Se refiere a lo mismo, a lo que el taoísmo llamó «la Gran Madre», a la puerta obscura que vomita los mundos, con el nombre que le dieron los estoicos, que el cristianismo recogió y emplea en el cuarto Evangelio. Pero ¿qué importan los nombres? La gran cuestión es ponerse en contacto con esa suprema realidad; vivir de acuerdo con ella.

El *vitalismo,* cuyo precursor fué Nietzsche, cuyos apóstoles fueron luego Bergson, Eucken, Driesch, tiene en Keyserling su más moderno representante. Frente al hombre teórico, creado por el siglo XVIII, levanta el ideal del hombre vital, del hombre que, buscando perfeccionarse, sabe que contribuye a la perfección del mundo, con cuya fuerza originaria, eterna voluntad de superación, vive en íntima colaboración, en místico acuerdo.

La democracia no es sino una etapa.—El cristianismo ha concluído su ciclo, dice Keyserling. Estamos viviendo en la época postcristiana. Ha llegado—dice—la edad que ciertos santos padres de la iglesia griega profetizaron: el reino del Espíritu Santo, en el cual cada hombre no necesita ser conducido por una autoridad exterior, dogmática y disciplinaria; en el cual cada hombre puede ser guiado inte-

riormente por el espíritu; época de intuición directa: época mística.

La Edad Media creó una alta jerarquía de valores, y, con ella, altísimas personalidades, hombres de vida integral, interior y exterior. Empero, la época subsiguiente arruinó esos valores, que nadie puede rehacer, que sólo tienen un prestigio tradicional, y, por ende, ficticio. La democracia, que vino después, prestó un gran servicio al aventar esos fantasmas, al negar esos valores ficticios. Pero la democracia, a su vez, no es sino una etapa; no es un fin en sí misma; no es la última palabra. Al dar a todos los hombres igualdad de oportunidades, rompe barreras artificiales, destruye obstáculos que podían impedir a los que a tal aspiraran subir a las cumbres. Pero esencialmente los hombres no son iguales, y en la era que ahora se inicia hace falta crear nuevas jerarquías, jerarquías que tengan por base lo que cada hombre *es*, no lo que cada hombre posee, como pretende el capitalismo que salió de la democracia.

En este sentido, el socialismo ha prestado, o está prestando, grandes servicios. A un valor falso opone un contravalor, falso también, porque el socialismo tampoco encierra la última verdad. Su obra, empero, como la de la democracia, era necesaria. Arruinando el concepto democrático-capitalista, basado en valores materiales, está preparando la civilización futura: una civilización cuyo fundamento será espiritual. El dinero no da calidad. Sólo la vida interior la puede dar, como pensaba la Edad Media, y Keyserling se ha propuesto como misión constituirse en apóstol de esa vida interior, viviéndola para hacerla vivir.

La filiación del filósofo.—Interrogado respecto a cuáles fueron, en su concepto, las principales influencias que determinaron su personalidad, Keyserling nos expresa que, más que los hombres o las ideas, fueron los hechos con los cuales se ha encontrado en el curso de la vida. En primer lugar, el contacto con la naturaleza, durante su juventud, en las posesiones que su familia le legara tras largas generaciones. En segundo término, la guerra y la revolución rusa, que le arruinó y le obligó, a la edad de treinta y ocho años, a rehacer su vida. Sin esa crisis financiera hubiese sido un terrateniente «poseído» por sus propiedades, esclavizado por ellas. Gracias a esa catástrofe se descubrió a sí propio, halló en sí mismo los «gérmenes» para vivir una nueva vida, su propia vida.

Por otra parte, Keyserling no cree en la posibilidad de que una personalidad determine otra personalidad, a menos de que ya exista entre ambas una afinidad íntima. Sobre ese principio está fundada su ***Escuela de Sabiduría,*** en Darmstadt, cuyo nombre, más que una realidad, es un símbolo. Allí no se enseña, allí se contagian las gentes. Quien no tenga afinidades con los ideales que allí se profesan, no sacará provecho concurriendo a ella. Keyserling, dice, nunca ha pretendido convencer a nadie, discutir, argumentar. Irradia. Quien no sea permeable a su irradiación no lo «comprenderá», lo cual, repite, es bien distinto decir: «no lo entenderá». Se puede entender sin comprender, porque esta palabra importa un significado más profundo.

Fué así como el espíritu de Keyserling resultó fecundado por el de su profesor Houston Stewart Chamberlain. Éste nada le enseñó, pero ayudó a Keyserling a descubrirse a sí propio, hallando actuales en el otro las calidades potenciales que en él había. Fué así como en contacto con el taoísmo, a través de los estudios de Ricardo Wilhelm, y del estoicismo, que tanta influencia ejerció sobre la ideología cristiana primitiva, encontró ideas afines y un lenguaje técnico del cual Keyserling se sirve sin escrúpulo, como un instrumento adecuado que encuentra a mano. Sin embargo, tanto del taoísmo como del estoicismo tiene un conocimiento más intuitivo que erudito. Poco conoce su literatura. Es su espíritu el que ha hallado eso en su espíritu.

Keyserling y la América del Sur.—Keyserling enriquece su personalidad con impresiones más que con ideas. Por eso ha viajado tanto, por eso viene a la América del Sur, donde piensa quedarse medio año. Después de una labor agotadora como escritor, se sentía necesitado de recibir nuevas impresiones, de grandes espacios para desentumecerse de la forzada quietud de su gabinete de trabajo. Aprovechó así la invitación que le fué hecha para venir a Buenos Aires, como antes fué a los Estados Unidos, para ensanchar su personalidad con nuevas experiencias. Y, agrega, en las pocas horas que lleva en esta capital, con los pocos argentinos con los cuales ha entrado en contacto, este deseo ha empezado ya a realizarse cumplidamente.

Para terminar, le pedimos sus impresiones sobre el estado espiritual de Alemania en el presente momento. Una palabra lo expresa, nos dice Keyserling: efervescencia. Es un pueblo joven, en la plenitud de la juventud, que trata de rehacerse con tanto brío, con tanto empuje como ponen los Estados Unidos en formarse. Por otra parte, este país y Alemania son las dos naciones que más se asemejan y que más se comprenden en el mundo. No hay en ellas actualmente hombres representativos. Son las masas las que se mueven, y su movimiento está orientado hacia las cosas prácticas, a «hacer» más que a «pensar». Rodolfo Otto, Max Scheler, que acaba de fallecer, no son pensadores de la Alemania actual, sino personalidades que, siguiendo un impulso anterior a la guerra, viven, o vivieron, al margen de la vida colectiva. No se puede, así, hablar de vida espiritual. De vida intelectual, sí. El alemán, dice Keyserling, con excepción de sus grandes místicos del siglo XIV, Eckhart ante todo, ha sido siempre más teólogo que religioso, más reflexivo que intuitivo, pese a su lirismo. Lutero fué un razonador, y el protestantismo alemán, al contrario del anglosajón, carece de dinamismo, porque el anglosajón piensa menos que el germánico. De ahí se explica que, en la gran crisis de irreligiosidad por la cual pasa Alemania, el catolicismo haga progresos y la religión luterana, ritualizándose, tienda hacia el catolicismo. No es un síntoma de que el espíritu religioso reaccione; significa sencillamente que, en la bancarrota de antiguas ideas, ciertos espíritus timoratos se aferran a la única institución que, exteriormente a lo menos, parece haber sobrevivido a la catástrofe.

El Dr. Alfredo Palacios nos habla sobre la filosofía y personalidad del Conde de Keyserling

—De *Crítica*. Buenos Aires—

Pedimos su opinión al doctor Alfredo L. Palacios sobre Hermann Keyserling. El doctor Palacios nos dijo:

Keyserling es un pensador que no labora sistemas, en el silencio de su gabinete, como los grandes filósofos. Maestro de inquietudes, recorre los pueblos desentrañando el sentido de la vida y agitando las almas. Su paso es resonante y se le sigue con vivo interés a través de su viaje espiritual. Es un gran escritor, pero, también, un artista, y acaso ahí resida el secreto de su gran prestigio. Tiene contradicciones frecuentes, y a veces observa con ligereza, pero su obra, en conjunto, es la de un hombre extraordinario. Todos le citan, ahora, como antes a Spengler y a Freud, en lo que algo tiene que ver el snobismo.

Aspira a realizar la síntesis entre el occidentalismo y el orientalismo.

El maestro Alejandro Korn ha dicho que pertenecemos al mundo de la afirmación y de la acción y que el viaje a Oriente es de provecho, a condición de retornar.

Keyserling ha declarado que no tomaría Bastillas, ni pelearía en barricadas, porque sabe que en nada de eso consiste lo ***esencial,*** pero reconoce la importancia del revolucionario que abre caminos, sin los cuales no sería posible la existencia de los videntes.

Ensaya la conciliación de los opuestos.—Keyserling ha ido a Oriente y está de regreso en Occidente, ensayando la conciliación de los opuestos. Para él, en este mundo, ordenado en forma polar, los términos opuestos dependen unos de otros, de tan necesario modo, que quien establece algo, determinadamente positivo, establece, también, su negación.

He leído tres libros de Keyserling: *El mundo que nace*, *Diario de viaje de un filósofo* y *Europa*.

En el primero, expresa Keyserling que en Europa, cuya cultura, en su sucesivo desenvolvimiento, acabó por producir la técnica, parece hasta cierto punto posible la coexistencia de lo viejo con lo nuevo, pero fuera de Europa la técnica rae toda vieja tradición. Norte América ha sufrido con la mayor rapidez, la transformación técnica, porque sus habitantes al principio de este proceso, eran el pueblo occidental más desprovisto de cultura, el progreso técnico no es más que una expresión especial del desenvolvimiento intelectual y cada cultura expresa un estado concreto del alma, subsistiendo, sólo, mientras vive en el «tipo de hombre» que la representa. El talento técnico es cualidad afín a la facultad de orientarse que tienen los salvajes; la técnica como tal, es lo evidente y su dominio despierta en el hombre sentimientos de libertad y de poder, tanto más enérgicos, cuanto más primitivo es el hombre. Para Keyserling, el fascista no es sino el tipo italiano del chofer; de ahí su hostilidad a la tradición y su primitivo amor a la violencia.

Keyserling y el nacionalismo.—Su libro *Europa* ha despertado vivas objeciones. Hace pocos días un autor argentino escribió contra Keyserling, porque éste hace afirmaciones respecto de algunos pueblos, que le parecen despectivas,—llegando a afirmar que se trata de un pensador que pretende ganar para su patria, en los libros, la guerra que perdió en los campos de batalla, y que por eso combate el espíritu latino.

Yo no lo creo. Keyserling afirma que lo nacional, en sí mismo, no está ligado a valor alguno en ninguna nación. Por tanto, dice, a quien pone a un pueblo frente a otro, a quien declara que uno tiene gran valor y el otro escaso, hay que perdonarlo porque no sabe lo que hace. Sólo, todos los pueblos reunidos dan de sí un espejo de actitudes, relativamente satisfactorias. Sólo como materia originaria, como principio formal y camino para lo individual y único, tiene valor lo nacional. Ningún pueblo, como tal, posee valor de eternidad, pues sólo el sujeto único se halla en relación inmediata con el absoluto.

En cambio, sostiene que los pueblos, más allá de su significación histórica, pueden tener una importancia para la humanidad, en un grado más elevado que el de cualquier individuo.

Todas las críticas que se le hacen respecto a sus afirmaciones, a veces deleznables, sobre los diversos pueblos, no tienen sentido si se las considera nacidas de un sentimiento nacional, pues él contempla, en su libro, a los diversos pueblos del punto de vista de Europa, sin atender, apenas, a lo que puedan ser por sí mismos, pero es claro que demostrando su adhesión por aquellos que no ven en la satisfacción inmediata un fin digno del hombre. Y así, aspira a una Europa mejor, habitada por pueblos más nobles, en cuanto que el material inmutable, una vez conocido, puede recibir un sentido más elevado.

Es evtdente que esto no es original, aun cuando Keyserling lo afirme. Prevé la irritación de algunos frente a sus afirmaciones; pero declara que no tiene nada que ver con los que son incapaces de comprender el humor, con los que afectan una seriedad mortal, con los incapaces de reír, con los sabihondos que son, al mismo tiempo, profundos y tontos.

Está lejos de ser un nacionalista, pero es un aristócrata. El mismo lo dice: «En primer lugar yo mismo, en segundo lugar aristócrata, en tercero Keyserling, en cuarto occidental, en quinto europeo, en sexto báltico, en séptimo alemán, en octavo ruso, en noveno francés». Aristócrata, antes que nada, pues se siente más ligado a los compañeros de clase de otra nación que a sus conciudadanos de diverso nivel. Por eso cree que los alemanes si quieren mantener su estructura como pueblo, han de organizarse aristocráticamente, a pesar de no ser un pueblo naturalmente aristocrático. Lo han hecho en todas sus grandes épocas, dice, y volverá a serlo en todas sus grandes épocas futuras.

El valor del socialismo.—Aun cuando cree que la misión de Europa en la época venidera está en representar el principio del individualismo, no desconoce, y lo afirma categóricamente, el valor enorme del pensamiento socialista, aun cuando desconociendo que el socialismo conduce al desenvolvimiento armónico del individuo. Considera beneficioso el movimiento socialista y cree que cuando la herencia deje de producir situaciones privilegiadas, el bienestar será el estado normal. El rebajamiento espiritual y moral, dice Keyserling, se debe, en más de un setenta por ciento, a la influencia de circunstancias exteriores. Por eso conceptúa que debe cesar, ante todo, la esclavitud del salario, consistente en considerar el trabajo como una mercancía, porque de lo que se trata en primer término es de elevar el nivel general. Y después de esto, sostiene que, considerados socialmente, se hallan en un mismo plano el espiritual Ghandi y Lenin.

Keyserling afirma que el socialismo es necesario para ensanchar la base del planteamiento de problemas elevados. Sin él no estaríamos ya tan cerca del nuevo orden más justo, no sólo de más alto bienestar, sino de sentimientos más dignos. Y ese nuevo estadio no sería posible si las voluntades estuvieran dirigidas por el amor chino al orden, o por el precepto de no oponer resistencia al mal.

Para Keyserling, Europa se constituye a base de su contraposición frente a América y Oriente. Dice *América* refiriéndose a Estados Unidos. Todavía no ha llegado a nuestra América con el propósito de penetrar nuestro sentido.

Para él, en Norte América el individualismo deja de existir por grande que sea el rendimiento individual, pues la evolución se mueve en el sentido de la *standardización;* las costumbres se hacen tan uniformes dentro de cada capa social, como pueden serlo en un regimiento. El individualismo norteamericano rige únicamente en el campo de los negocios, pero la libertad del pensamiento deja de existir con una rapidez que espanta, y sólo excepcionalmente se considera con valor lo individual. Quien en Chicago no puede o no quiere ser un aparato adscrito a una función determinada, no tiene más remedio que perecer.

No duda del porvenir de Norte América cuando haya agotado, en lo fisiológico, toda su energía. Surgirá entonces otra nueva cultura original, alimentada psicológicamente no sólo de las raíces europeas sino también de las aborígenes.

Tiene mucho que observar en América.—Keyserling no conoce todavía nuestra América y por eso es interesante su viaje. Observará cómo está ocupada, nuestra tierra, por una raza distinta de la del Norte, de tradición cultural más antigua y depurada. Verá, entonces, Keyserling, que Norte América no es América: que América, en realidad, no ha nacido tadavía. El Norte es un trasplante del puritanismo indutrialista inglés que ha tomado de América una parte del espacio, pero no las raíces, ni el espíritu, ni la tradición del alma aborígen.

El ilustre viajero tiene un dilatado campo de observación en esta América nuestra, donde nos hemos mezclado a los autóctonos, depositarios de la raíz y de la esencia de la tierra; donde hemos adquirido las cualidades y los defectos de los que encarnan la tradición realmente americana.

El destino de América no es el de realizar un nuevo ensayo de imperialismo capitalista, sino el de efectuar un experimento original, el del dominio del hombre, de la superación de todas las limitaciones, de clases, de religión, de raza, para alcanzar la fusión de la esencia íntima y universal del ser humano.

Sea bienvenido el ilustre viajero, que busca el sentido de la vida, que despertará inquietudes, y que dirá su palabra autorizada sobre nuestros pueblos que ascienden por una vía dolorosa, pero segura.

Creo con Keyserling, que llegará un momento en que la humanidad se sepa totalmente solidaria, por encima de toda lucha y oposición, y que toda aspiración en la tierra sirve para crecer en el espíritu.

Poemas de Carlos Préndez Saldías

=De la obra *Luna Nueva de Enero*-Poemas. Santiago de Chile=

Tus ojos en el paisaje de campo

Lejos de ti como del mar lejano,
lejos de Dios, que nunca me responde,
camino entre los árboles del campo.

Ultimo hogar del caserío pobre,
la casa del pastor quema sus leños.
Está aguardando que el pastor retorne!

Cae la tarde con sus oros viejos,
y viene el horizonte caminando
porque no se le mira desde lejos.

Con la indolencia del cansancio humano,
se tiende en mis pupilas el paisaje
donde yo sueño con tus ojos claros!

Nocturno

Qué soledad tan honda la soledad que vivo
esta noche sin luna! Corre apenas el agua,
con temores de niño, para que no despierte
el corazón nevado y azul de la montaña,
y a veces es tan claro el silencio nocturno
como si en un instante todo el río pasara.

El caserío duerme con su casas desiertas.
Se fueron los pastores hacia la tierra baja
cuando vino la nieve. Las pastoras decían:
¿A qué viene al rebaño de las ovejas blancas?

Es la noche tan negra, que en la mano tendida
puedo encerrar el mundo que tengo en la mirada.
El último horizonte que me llena los ojos
es el vuelo de un pájaro que me roza la cara.

La montaña no existe! digo a la noche inmensa.
Soy el Dios que se vino a crear la montaña!

Tú me hiciste cantar

Tú me hiciste cantar,
bella mujer lejana,
a los cerros y al mar.

Por ti pude soñar
junto al azul del agua
y en el lento nevar.

Tuyo es este anhelar
que conmigo en la senda
se viene a caminar,

y tuya es esta paz
de corazón que tengo
dulce y crepuscular.

Tú me hiciste cantar.
Sólo tiene mi verso
lo que has querido dar.

Cielo de tarde

Cielo de tarde en la montaña.
Un azul débil que fastidia

y va rodando por los cerros
hasta caerse en la campiña.

Álamos secos del camino
en el vago azul se perfilan
temblorosos de sed, pintados
con un gris de amor que se olvida.

No se mira un color intenso
bajo este cielo que fatiga.
Sólo tú estás, rubia y vibrante,
junto a mi tristeza, amiga.

Caminito

Inacabable deseo
que mi vida no lograra,
lo miro siempre alejarse.
¡Caminito en la montaña!

Las mujeres de los cerros
lo suben tarde y mañana;
sacan agua de la fuente,
y echan canciones al agua.

Estrecho como una pena
que anudase la palabra,
no podríamos ir juntos
por el caminito, amada.

Espiga

Es verde el campo. La luz
lo deja verde esmeralda.
Los espinos de la orilla
son verdes. Hay una charca
a lo largo del camino,
color del campo con agua.

Cierro los ojos cansados
y te veo, rubia y blanca,
en el verde transparente
de la campiña soleada.
La única espiga de oro
en el campo de esmeralda!

Lluvia en los cerros

Llegaron nubes y nubes,
no como nubes de pueblo
con lerdas alas plomizas,
sino blancas en el vuelo.
Son tantas, que ya parece
una sola nube el cielo.

Alegría que se viene
a los trigos del labriego
y a los pastos amarillos
de quebradas y faldeos!

Es una fiesta el reposo
en el caserío austero
cuando la lluvia desgrana
su collar de ópalos frescos!

Bendición de los rebaños,
lluvia de gracia en los cerros!

Crepúsculo

Los pastores descienden al llano.
El crepúsculo empieza.
El silencio infinito de la hora
tiene un balar romántico de oveja.

Pájaros de la noche,
extendidas las alas siniestras,
rondan en la cabaña
porque los otros pájaros se alejan.

El campo verde y el trigal dorado
son oro y verde apenas.

Y aquí está mi esperanza inacabable
—mi sed de amor que en el amor no amengua—
encendiendo los oros del crepúsculo
para que el día vuelva.

Tú en la ciudad recoges, desolada,
el lino espeso de la noche negra.

Grises

Es un encaje la neblina.
Gris la mañana, gris el mar.
Esta nostalgia peregrina
de ser neblina, y caminar!

El cielo gris, de un gris entero
que no deja el cielo mirar.
Un gris monótono de acero,
un gris que nunca ha de pasar.

La lejanía es tan cercana,
que teme el pájaro volar.
¡Si estás aquí, mujer lejana,
y tu recuerdo hace mañana
la mañana crepuscular!

Gaviotas

Tres pájaros marinos vuelan sobre las aguas
y se persiguen, lentos, en infinita ronda.

Yo les tiendo mis ojos de la ciudad, mis ojos
llenos de calles grises y de ventanas solas,
y mirando su viaje siento que mis pupilas,
como purificadas en el vuelo, retornan.

Pueblo de mi cansancio,
horizonte pequeño de la ciudad brumosa,
ya no dais a mis ojos la fatiga y el humo:
os cubrieron las alas blancas de las gaviotas!

Capitán

¿Verán los ojos míos,
que ciegan en la espera
de todos los navíos,
la alegría viajera?

Capitán, los tardíos
barcos de la quimera,
¿por qué mares sombríos
traen a la viajera?

Yo tengo todavía
de niño la alegría,
pero toda la diera

si de tierra lejana
llegase una mañana
la alegría viajera.

La lluvia en el barrio pobre

Otro mal de amor que llega,
tal una gota salobre
a la herida que no cierra.
La lluvia en el barrio pobre!

Claros ojos que se asoman
a mi dolor que se esconde
de la alegría amorosa
como de un anhelo enorme...

Voz hermana que conjura
y mi corazón desoye
porque está triste. La lluvia
cayendo en el barrio pobre!

Canta una dulce tristeza.
Viene yo no sé de dónde.
Angustia, angustia que deja
la lluvia en el barrio pobre!

Tu voz en la penumbra

Dijo tu voz en la penumbra: quiero
ser en tu corazón lo que no ha sido
mujer alguna: un pájaro dormido.
Y en él estás, alado prisionero.

Tiendo a veces los ojos al olvido
con un desgano del amor vivido
porque no llega lo que más espero,
y el corazón me dice estremecido.
que no quiere volar el prisionero.

Amor, bendito amor que has hecho nido
en la ruina amorosa de mi alero:
pensé que tu reclamo dolorido
era sólo un reposo de viajero.

Una peregrina vindicación de Méjico

No me siento atado por los prejuicios de la jenofobia. Frecuentemente he reconocido y aplaudido la competencia de los extranjeros que hablan de Méjico. Si hacen observaciones directas, su mirada puede ser más penetrante que la de los nacionales, y si estudian el país desde una conveniente lejanía, acaso ésta les permite abarcar conjuntos de que no es fácil darse cuenta por la proximidad. Los errores se atenúan y se desvanecen, perdiéndose en las delicadas matizaciones de los temas. La simpatía se hace reveladora, y hasta la repulsión puede escribir páginas inspiradas. La justicia resplandece, imponiéndose su autoridad aun cuando hiera con rudeza.

Pero para esto se necesita que el extraño hable como extraño, sin vinculaciones de interés o de pasión, pues cuando entra como banderizo, cualquiera que sea su propósito, en él aparecerán reduplicados los efectos de las agitaciones que perturban a los nacionales. Y es natural. Faltándole las raíces con que el árbol puede resistir el empuje de los vientos tempestuosos, vuela como pañoja.

No es el extraño por lo mismo quién más se sobrepone a la soberbia de que participan los que paladean las dulzuras de una situación, y el propagandista, sintiéndose vencedor, habla como los vencedores en cuyo honor arden los turíbulos.

Irrefrenadas por la critica, que para el caso no existe, han venido sucediéndose diversas publicaciones sobre las candentes y arduas materias de la vida mejicana.

Mientras los extraños hablan, los mejicanos han debido callar, oyendo voces que no siempre se levantan con templanza y que a veces revelan escaso conocimiento de las cuestiones.

Tal es la situación, impuesta por múltiples causas. Pero la paradoja ha llegado hasta el punto de que uno de los españoles más activos en esta producción, se presente como defensor de Méjico, que él dice atacado por extranjeros deturpadores de aquel pueblo y por algunos mejicanos que «secundan esta labor injuriosa en los países donde se han refugiado.»

No habiendo hablado yo de los asuntos de Mejico en España, «donde me he refugiado», pudiera seguir callando, por no tocarme la alusión. Pero el señor don Luis Araquistáin pronuncia una sentencia de inhabilitación general, y estimo necesario manifestar, de una vez para siempre, que no puede reconocerse esta jurisdicción asumida por un extraño en el terreno de la ética del patriotismo. Cualquier mejicano, aun de los que él excluye, tiene de-

recho para hablar de Méjico, donde quiera y cuando quiera, según su conciencia, sin otra sanción externa, válida y eficaz, que la opinión razonada de sus conciudadanos. A ellos, y sólo a ellos toca decidir si el expatriado es un traidor.

Y pronunciada de este modo, *in limine*, la incompetencia del Sr. Araquistáin para restringir los derechos de la ciudadanía mejicana, voy a decir por qué, aparte de su carácter de extraño, y no digo extranjero, pues para mí no son extranjeros los que hablan español y portugués—el Sr. D. Luis Araquistáin está personalmente inhabilitado para llamarse defensor de nuestro país, arrojando al pudridero «los frutos de una larga e intensa obra de difamación, en la cual no sólo han colaborado algunos extranjeros necesitados de justificar una intervención y una tutela en Méjico, como en varios pueblos del mar Caribe, sino muchos mejicanos desterrados voluntaria o forzosamente.»

Esos extranjeros, claro se ve, son los norteamericanos, y esos mejicanos, lo dice el propio acusador, son porfiristas que «perdieron fortunas y antiguos previlegios personales», y «algunos hombres nacidos de esa revolución a la vida pública y a veces a la fama internacional.»

Dejo las fortunas y los privilegios, porque de fortunas, privilegios, y aun de granjerías habrá de tratarse cuando llegue la materia a su punto.

Sólo quiero recordar que este defensor del Méjico calumniado, habló en algunas ocasiones como los mismos extranjeros a quienes condena.

El Sr. D. Luis Araquistáin aparece sucesivamente aplaudiendo a los Estados Unidos por su política antillana y mejicana, doliéndose de que los mismos Estados Unidos protegiesen a los revolucionarios mejicanos, admirando a Carranza, acusando a Obregón de criminal acuerdo con el yanqui para derrocar a Carranza, y deificando por último a Obregón.

El Sr. Araquistáin dirigía en 1917 el semanario llamado *España*. Esta revista, de la que el Sr. Araquistáin fué colaborador significado desde los primeros días, se estrenó publicando una caricatura muy celebrada, en la que Carranza aparece con plumas y taparrabo. Bajo la dirección del Sr. D. Luis Araquistáin, *España* se esforzó por lograr que entrase en la guerra la nación cuyo nombre llevaba el semanario.

No me corresponde emitir una opinión sobre aquella campaña, pero para relacionar hechos, señalaré la extremada violencia dominante en los escritos publicados por la revista. Los neutralistas eran cobardes que recibían sin pestañear las afrentas de la agresión alemana. La mayoría de los españoles daba muestras vergonzosas de insensibilidad y de ignorancia. El país, condenado por su funesta política de paz a toda costa, estaba perdido. Después de la guerra, ninguna de las potencias vencedoras se dignaría tender la mano a España. Su porvenir era el de un Job que iría a expirar miserablemente en el muladar marroquí.

Cuando los partidarios de la neutralidad atacaban a los Estados Unidos, diciendo que su declaración de guerra se había hecho por móviles interesados, el semanario belicista contestaba que sólo españoles causantes de la catástrofe de 1898, podían desconocer las refulgentes virtudes y los méritos de la gran democracia idealista, próvida benefactora de las Filipinas, salvadora de Cuba, redentora de Puerto Rico, interventora en Santo Domingo para dar asiento a las negrerías caóticas y en Méjico para castigar los asesinatos de los ciudadanos norteamericanos. Cuando, pasada la guerra, se agrupasen íntimamente todas las naciones hispanoamericanas, que con unánime resolución iban a luchar contra el peligro teutónico, bajo las banderas de Wilson, no darían sitio entre ellas a una España medrosa y corrompida.

El peligro yanqui era invención de las ignaras derechas españolas, y la agonía antillana, calumnia de los culpables del 98. Los Estados Unidos y todas las repúblicas iberoamericanas formaban un bloque de idealismo y libertad. Según las noticias de *España*, ningún país americano, desde el Canadá hasta Chile, faltaría a la cita del honor en los campos de batalla del frente occidental.

«¿Y los Estados Unidos, y la América toda? Maura no explicó la intervención americana, pero también hubiera hallado motivos de interés.»

España, número 119, 3 de Mayo de 1917.

«Romanones ha sido arrojado del poder porque quería conservar la política del acercamiento entre España, Inglaterra y Francia; porque quería evitar la interrupción de la vida económica de España por los submarinos alemanes, y porque quería que España no se divorciase, frente a la guerra, de las repúblicas americanas de habla española.»

España, número 118, 26 de Abril de 1917

«Los españoles siguen tan ignorantes de las cosas americanas, como nuestro buen rey Carlos IV, que en 1802 no se había enterado todavía de la independencia de los Estados Unidos, y seguía llamando al ministro de la Gran República Americana, *el señor ministro de las Colonias*.

»Así, cuando en su discurso ante el Senado, pronunciado con pleno conocimiento de lo que se tramaba en Alemania, lleno de esta reservada, discreta y meditada intención que distingue todos los actos públicos de este gran gobernante, Wilson expresó su fe en el principio de las nacionalidades, no faltó en España quien le mentase las Filipinas, al son de la putrefacta *Marcha de Cádiz*.

»Pues sea. Hablemos de las Filipinas...

»Las islas Filipinas, están, en teoría, mejor gobernadas que cuando eran españolas. En cuanto a la práctica, ni qué decir tiene... Lo único que les falta, y que desean, es la soberanía... Pero el senador Clarke, con anuencia del presidente Wilson, presentó una enmienda al proyecto que fué aprobado por el senado, y que estipulaba que la independencia completa sería otorgada al Archipiélago en un plazo no menor de dos años, ni mayor de cuatro.»

España, número 108, 15 de Febrero de 1917.

En el número 119, que ya cité, hay todo un artículo dedicado a la cuestión americana. Se titula: *Trogloditismo. España y América en la guerra.*

Combatiendo acremente al autor de otro artículo, publicado por *A B C*, que hablaba del imperialismo yanqui, se le decía:

«Es difícil ver la relación que media entre la intervención norteamericana en una guerra europea, y a causa de la violación del derecho de gentes por Alemania, de una parte, y de otra *su espíritu de absorción panamericano*.

»Los norteamericanos van a la guerra después de agotar todos los medios humanos en dos años de negociaciones diplomáticas, intentando que los alemanes respeten los tratados internacionales...

»A esto llama el Sr. B. *desmedido espíritu de ambición del continente americano*.

»Y es que el Sr. B..., que encontró muy bueno el régimen colonial español, que consistía en la violación de todas las leyes divinas y humanas de las colonias, en beneficio de los políticos influyentes de la metrópoli—encuentra en cambio horrorosamente mal que las naciones civilizadas—ante las que dimos con aquellas guerras coloniales, un espectáculo semejante al dado por Alemania en Bélgica y Francia—y nos obligaran después a dejar lo que, en vez de administrar como pueblo civilizado y moral, saqueamos y tiranizamos como hordas desenfrenadas.

»¿Que la extirpación fué dolorosa?... ¡Quién lo duda! Pero debió sernos más dolorosa por la vergüenza de ser mirados como pueblo incapaz, que por el daño material sufrido. Y ese dolor debió habernos curado de muchas regresiones espirituales que nos dominan y entenebrecen el porvenir.

»América intervino en Cuba por lo mismo que Europa intervino en Turquía cuando la matanza de armenios. Pero el Sr. B... dice que fué por *absorción*, y si eso fuera así, el grupo colonial español hubiera pasado a ser grupo colonial norteamericano, y sin embargo, Cuba es una república, Filipinas un estado autónomo, con promesa de emancipación, y Puerto Rico se prepara para entrar en la Federación Norteamericana como un Estado: no como colonia, sino como Estado, igual que los demás Estados Unidos.

»Y el señor B..., que ve muy bien el que nosotros tengamos 80,000 soldados en Marruecos, para apoderarnos de ese territorio, ve muy mal el que los norteamericanos hayan puesto un freno a la sanguinaria e inacabable anarquía dominicana.

»Pero el señor B..., dice que los norteamericanos también se entrometen por *absorción* en Méjico. Este señor, que sabe que en Méjico se ha despojado y degollado a casi todos los residentes españoles en aquella República, *sin que se nos conmoviera la menor fibra,* censura que los norteamericanos no toleren a a Méjico que haga lo mismo con sus compatriotas.

»Y cuando la paz venga, y la América Latina se agrupe íntimamente con la América Anglosajona, no nos faltará algún B... que eche toda la culpa de nuestra ineptitud, ignorancia y apatía a *infames manejos del Tío Sam o de John Bull*, verdaderos autores de la hazaña.

»Y así, cada día que cursa, nos marroquizamos más. Quizá fué una sangrienta ironía el testamento de Isabel I: Nuestro porvenir está en Africa. Allá tendremos que ir a parar.»

Pasó la guerra. Nada de lo previsto se cumplió. Y de acuerdo con el cartabón de los marroquizadores, empezó a hablarse del peligro yanqui—descubrimiento del Mediterráneo—como lo hacían en 1917 los neutralistas españoles que cantaban la *Marcha de Cádiz*.

El Sr. Araquistáin dijo en la página 165 de ese peligro:

«La República Norteamericana no ha permanecido nunca indiferente ante lo acontecido en el Méjico revolucionario: simpatizó con Madero contra D. Porfirio; ayudó a Carranza contra Huerta, y después a Obregón contra Carranza, según veía amparado o en peligro el dólar en tierra mejicana...»

En la página 169, hizo la oración fúnebre de Carranza:

«Pero la campaña contra este defensor de la riqueza mejicana frente a la voracidad extranjera, culmina en el período de las elecciones presidenciales cuando todo anunciaba que sería elegido Bonillas, el embajador de Méjico en Washington, un hombre de enérgico carácter, que tiene el valor, tan contrario a la diplomacia tradicional, de combatir con su firma el capitalismo norteamericano en sus relaciones con el petróleo de su país. Sería un continuador de la política de Carranza, y había que impedir su elección. En efecto, se sublevan Obregón y González, es asesinado Carranza—su política de petróleo tenía que ser le trágica, como la de un héroe shakesperiano—hoy es presidente Obregón y los Estados Unidos están satisfechos. Tanto peor para Méjico.»

¿Esta es la verdad? Pero lo es sólo hasta 1921. Como en el caso del Peligro Yanqui, salido de la generosidad Yanqui, como en el de la Agonía Antillana, procedente de la Regeneración Antillana, el epinicio de Obregón sonará sobre la sangre del héroe shakesperiano, cuando llegue la hora de que Carranza quede confinado en la lóbrega región de los vencidos, con el épico Bonillas, debelador de petroleros.

«Hoy, baste decir que Obregón es quizás el hombre que reune más prestigios como revolucionario y como guerrero. Su triunfo está descontado en las urnas. Pero es dudoso que la elección presidencial empiece o acabe ahí. Hay muchos intereses lesionados, sobre todo extranjeros, que tratarán de aprovecharla para sus fines particulares, alentando descontentos y empujándolos fuera de la legalidad, si es preciso... La mano que mueve los trágicos muñecos de la insurrección mejicana (Gómez y Serrano), es una mano que huele a petróleo, y también, quizás, a incienso. Mezcla diabólica, más que sagrada.»

Así se salva la reputación de Méjico, y así quedan enterados los que desean conocer la verdad sobre aquel país, que no en balde llama el mismo vindicador, «tierra de resonancias fabulosas».

En efecto.

Carlos Pereyra.

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que recibimos de autores o editores)

Dos obras de José Juan Tablada nos ha remitido nuestro amigo Guillermo Jiménez, en México, D. F.:

Los Días y las Noches de París. Librería de la vda. de Ch. Bouret. México, 1918.

Secciones: De tránsito. Teatros. De arte. Varias. Bailes exóticos. Fábulas vivas.

y *Al sol y bajo la luna.* La misma casa editora y la misma fecha.

Preliminar de Leopoldo Lugones.
Indice: Románticas, El jardín abandonado, Medallones, Dedicatorias, En Nueva York, Caprichos, Huerto sellado, El poema de Okusai, Epístolas a un sibarista. Canto a los héroes.

Revista del Colegio Superior de Señoritas. Año I y Num. 3.

Contenido: *Preceptos*, por Moisés Vincenzi.

Obsequio del autor:

J. M. Moncada, Presidente actual de Nicaragua: *El ideal ciudadano*, Managua. 1928.

Obra declarada de texto por el Presidente de la República para la clase de lectura en las Escuelas Elementales, en el cuarto o quinto grados.

Señalamos: *Fantasías de nubes al viento.*

Esquema. Primera Ronda. Palabras de León de Greiff. 1929. Medellín.

En la última página se lee lo siguiente:
Por el veinticinco de junio de 1929 se finalizó la presente «edición» (fuera de comercio) que consta de DIEZ y OCHO ejemplares: TRES «originales» y QUINCE «copias originales» dactilográficas. Se destina a la diversión o al enfado o a la complacencia de algunos amigos del urdidor del Esquema. Van firmados por el editor, (MATIAS ALDECOA, cuya es la propiedad para esta u otras intentonas idénticas o similares o diferentes) de los versos del aludido autor.

Donación de León de Greiff, gran poeta de Colombia a quien nos referiremos en extenso en una de las entregas próximas.

Nueva editorial:

Editorial España. Palacio de la Prensa. Plaza del Callao 4, 14.° Madrid.

Nos acaba de remitir:

Erich María Remaque: *Sin novedad en el frente.* Novela. Trad. del alemán por Eduardo Foertsch y Benjamín Jarnés.

Léase esto:

Este libro no pretende ser ni una acusación ni una confesión. Sólo intenta informar sobre una generación destruida por la guerra. Totalmente destruida, aunque se salvase de las granadas.
E. M. R.

Otra editorial española, de que ya hemos hecho el encomio:

Editorial Cenit. Gerente: Rafael Giménez. Siles. Lagasca, 55, 2.° izquierda. Madrid.

Nos ha remitido:

Stefan Zweig: *Tres Maestros.* Balzac, Dickens, Dostoiewski. Trad. directa del alemán y Prólogo de W. Roces.

y John Dos Passos: *Manhattan Transfer.* Trad. directa del inglés por José Robles Pazos.

De los autores:

Antonio Burich (Juramento, 3756. Buenos Aires. R. A.):

Nuevas Historias. Editorial Tor. Buenos Aires.

*

Carlos Sánchez Viamonte (53-538. La Plata. Rep. Argentina.):

Jornadas. J. Samet, editor. Buenos Aires.

*

P. M. d'Esplugues, O. M. C. (Sarriá. Barcelona):

Le veritable visage du Poverello. Traduction du Catalan por Adolphe de Falgairolle. Editions «Le Livre Libre». París. 1929.

*

Cosme de la Torriente: *Cuba y los Estados Unidos.* Prólogo de James Brown Scott. Habana. 1929.

He aquí la sugestiva Ofrenda:

En los campos que hoy son un osario
vió a los bravos batiéndose juntos,
y ella ha sido el honroso sudario
de los pobres guerreros difuntos.
Orgullosa lució en la pelea
sin pueril y romántico alarde:
¡al cubano que en ella no crea
se le debe azotar por cobarde!

(Mi bandera.—Bonifacio Byrne).

A la memoria de esos guerreros, que cayeron combatiendo por la independencia y la soberanía de su Patria, sin enmiendas ni apéndices constitucionales, y por conquistar, para sus compatriotas, los derechos individuales y de sufragio que su sacrificio logró inscribir en la Constitución que el pueblo cubano se dió en 1901.

A la gloria de los que «tranquilo el corazón, alta la frente», la vista en la estrella solitaria, murieron por su fe en nuestra bandera, y para que en lo sucesivo no hubiera cubanos que, por no creer en ella, merecieran el calificativo de cobardes.

La acreditada Casa Editorial Araluce (Calle de las Cortes, 392. Barcelona), nos honra con el envío de estas dos obras:

Havelock Ellis: *El alma de España.* Versión española de la octava edición inglesa. Prólogo de Juan Gutiérrez Gili.

y *Doña Bárbara*, novela del excelente novelista venezolano, Rómulo Gallegos.

Véase en esta entrega la calurosa presentación — y muy merecida — que de Gallegos hace a su América, el agudo cubano Jorge Mañach.

Manuel González Zeledón, nuestro Magón, ha sacado de las prensas de Alsina, y en estos días, una *Oda a Costa Rica,* en que palpita un hondo y sentido amor a esta tierra.

Queremos creer que esta Oda anda ya en manos de los muchachos de nuestras escuelas. Y si no, que ande; así lo pide el autor.

Antonio J. Gutiérrez Alfaro nos remite una versión castellana, y suya, de

Poemas Japoneses. Edición privada. Buenos Aires. 1928.

El epigrafe:
¿Cómo sabríamos lo que la Primavera oculta en los tajos y huecos de los Montes, si no trajesen los vientos el perfume, y en los arroyos pétalos flotasen?

TSURAYUKI

El Sr. Gutiérrez traslada al castellano la «encantadora versión inglesa» de antiguos poemas japoneses: *Sword and Blossom Poems*, debida a Shotaro Kimura y Carlota M. A. Peake.

———

With deep appreciation of your work for the children of Latin America in the future,

nos dice nuestra amiga Miss Carolena M. Wood, al remitirnos este folleto, valioso ciertamente:

Cuatro elementos esenciales de la educación, por Thomas Jesse Jones. Prólogo de Franklin H. Gidings e Introducción de Sir Michael E. Sadler. México. 1928.

Publicado por la Secretaría de Educación Pública, México, D. F. Vol. V de la BIBLIOTECA DEL MAESTRO RURAL MEXICANO.

———

Nuestro amigo Martín García, en la Plata, Rep. Argentina, nos remite:

La vida y la obra de Ricardo Monner Sans, 1853-1927. Buenos Aires. 1929.

Estudios e impresiones de: A. Farinelli, A. Palacio Valdés, E. Larreta, R. Rojas, R. Menéndez Pidal, A. Reyes, A. Gómez Restrepo, R. F. Giusti, A. L. Palacios, etc., etc.

Extractos o otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

Noticia de libros chilenos

Santiago de Chile,
11 de Junio de 1929

Señor don
Joaquín García Monge
S. José de Costa Rica.

Muy estimado don Joaquín:

De acuerdo con su invitación y para imitar al admirado don Alfonso Reyes, ahí va una breve bibliografía de los libros que recientemente han llegado a mi mesa de trabajo:

Carlos Casassus: *Altamar.* I. Los poemas del puerto. II. Los poemas del dolor. Prólogo de Joaquín Edwards Bello. Editorial Nascimento, Santiago-Concepción, 1928. 164 págs. con grabados y una lámina.

En el prólogo: «Carlos Casassus, el poeta, es el hombre bueno que sabe recoger de nosotros lo mejor. Ni un pliegue, ni una arruga tiene la superficie bruñida de su espíritu. Para mí ha sido Casassus el receptor ecuánime y entusiasta de mis ideales. Él ha acogido con fruición mis ideas; las ha comentado serenamente y las ha divulgado».

———

Edgardo Garrido Merino: *El barco inmóvil.* Prólogo de Eduardo Marquina. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1928. 325. págs.

Es una colección de cuentos, que ha merecido elogiosos comentarios en España y Chile. El autor, que ha permanecido muchos años en Buenos Aires, es actualmente vice-cónsul de Chile en Barcelona. Un excelente escritor que con este libro confirma títulos que no son nuevos pero que se remozan con la magia de su estilo. *El barco inmóvil* es uno de los mejores libros de la temporada.

———

A. Méndez Bravo: *La escuela rural mejicana.* Lo que Méjico espera de sus maestros. Imp. Lagunas, Santiago, 1929. 180 págs. con numerosos grabados.

El autor realizó una visita de estudio, comisionado por el Gobierno Chileno, a las escuelas de México. Especialmente se detuvo en los establecimientos rurales. Su libro es el informe presentado al término de su viaje y está acrecentado con informaciones que le dan amenidad. Obra importante para pedagogos y sociólogos.

———

Roberto Hernández C.: *El roto chileno.* Bosquejo histórico de actualidad. Imp. San Rafael, Valparaíso, 1929. 650 págs. con numerosos grabados.

Obra de divulgación histórica y de candoroso patriotismo, al cual son tan aficionados los chilenos. Pero tienen algún consuelo: los franceses también se entretienen a veces en juegos de esta especie. Un libro abigarrado pero útil por su erudicción espesa y turbulenta.

———

Arnaldo Cipolla: *Norte América y los Norte Americanos.* Viaje por Alaska, Canadá y los Estados Unidos. Traducción del italiano de Ramón Mondría. Editorial Nascimento, Santiago-Concepción, 1929. 264 págs.

Libro de periodista, entretenido y a veces punzante para la hipocresía y la mediocridad yanquis. Su lectura es útil en Hispano América. La recomendamos calurosamente. La traducción espléndida, como de un humanista cabal.

———

Rosamel del Valle: *País blanco y negro,* Ediciones Ande, Santiago, 1929. 86 págs.

¿Novela, ensayos, confesiones? Difícil es decidirlo. Sea lo que fuere, es un libro agradable de leer este *País blanco y negro.* Prosa moderna, discreta, bien trabajado. Chispazos formidables. Un buen anuncio, porque el autor es joven.

———

Guillermo Bianchi (Shanty): *Apuntes provincianos.* Editorial Nascimento, Santiago-Concepción, 1929. 110 págs.

Libro honesto, grato, aunque algo apagado de tonos. Es cierto que la vida provinciana, que refleja, también es honesta, grata y apagada. Finaliza con una comedia, *La tradición que se va.* El autor ha hecho su carrera principalmente como dramaturgo. Hoy desempeña el cargo de cónsul en Sao Paulo (Brasil).

———

Guillermo Feliú Cruz: *Los últimos años de un polemista (D. Antonio José de Irisarri),* 1864-1868. Santiago, 1929. Imp. Universitaria. 78 págs.

El autor, conservador de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional de Santiago, prepara un estudio completo sobre la vida y obras de Irisarri. El trabajo presente es un principio de este libro que seguramente dirá la última palabra sobre el curioso personaje que le sirve de tema.

———

Este año se publica poco en Chile, don Joaquín. ¿Recibe Ud. *Atenea*? Es nuestra mejor revista literaria y de estudios. Hace honor no sólo a la Universidad de Concepción, que la publica, sino también al país entero. Pues bien, esta revista lanzará ediciones propias de libros nacionales.

En ellas figura un volumen mío de artículos críticos, que llevará el título de *Crítica y Crónica.* Uno de los primeros ejemplares será para Ud. ¿Podría tomarse la molestia de indicarme a quién de Costa Rica le podría enviar unos pocos ejemplares para la venta?

Saludos muy afectuosos de su admirador y devoto amigo.

Raúl Silva Castro

Una gran novela americana

1.—Rómulo Gallegos. Nombre nuevo y extraño, a inscribir en la breve lista de las grandes realizaciones literarias americanas. Rómulo Gallegos, autor de una novela que acaba de llegar a nuestras librerías y que se titula *Doña Bárbara.*

Hay que prevenir al buen lector, porque, de otra manera, es posible que vea la novela y no pare en ella sino una atención displicente. El tomo impreso en España, ostenta por cubierta uno de esos cromos capciosos que ya no se toleran más que en los almanaques de las casas de víveres al por mayor. Por eso, cuando yo recibí hace unos días el ejemplar que desde Venezuela se sirvió enviarme Rómulo Gallegos, a pesar de la generosa dedicatoria puse de lado el volumen, reservándolo para una inspección sumaria y casual. ¡Es tan cierto que las apariencias condenan y que siempre se está en peligro de juzgar fatuamente!

Pero había que acusar recibo, y me resolví a explorar la primera página. «Un bongo remonta el Arauca bordeando las barrancas de la margen derecha». ¿Qué viejo sabor de aventura—crusoano, selvático—, qué acento, ya, de rectitud narrativa, asistía a aquel parrafillo inicial? Con la curiosidad esponjada, seguí leyendo. Paisaje de la América inédita. Hombres duros y primitivos. Calor. Color. Y una vigorosa precisión en el describir y en el decir. Y una bocanada de misterio y de fuerzas primitivas.—Cuando vine a ver, había cubierto el primer capítulo.

Después, la urgencia de leer toda la novela, en horas. Hacía tiempo que un libro no me sustraía, no me absorbía así. Me he despedido de su última página con la antigua tristeza—aquella de la infancia ¡Oh, Salgari! ¡oh Flaubert!—del deleite consumido: aquel deseo de que un libro durara siempre, siempre, de que fuera largo como una vida, para no volver ya más a la vida nuestra. ¿No tendrá razón Ortega y Gasset cuando dice, más o menos categóricamente, que la misión de la novela—y su prueba—está en crear una provincia vital y sumirnos en ella con una sensación de inquilinato? Por unos días, el comentarista—tan sedentario y pacífico—ha sido hombre del llano de Venezuela, ha visto enlazar orejanos, domar padrotes salvajes, vencer fuegos, inundaciones, caimanes, leguas. Y ha vuelto diciéndoles a los amigos que esta *Doña Bárbara* es una gran novela. Una gran novela americana.

¿Habrá alguna alucinación en el primer adjetivo? Tal vez. Sólo se pondera bien la obra un poco distante ante la cual podemos ser un poco neutrales. *Doña Bárbara* todavía está instalada en mi espíritu: habrá que esperar, acaso, a que se apague un poco este encandilamiento que deja su llamear americano. ¿Y no quedará aún entonces, para apasionarnos el juicio, para sublimarlo en el contagio de un entusiasmo no precisamente estético, sino político más bien, ese mismo hecho de ser una versión tan genuina y vigorosa de nuestra tierra inédita?

¡Hacía tanto tiempo que esperábamos una novela así, sacada de los redaños de América! Sólo la América elemental: un trozo caliente de ella, visto con ojos que supieran mirar derecho al sol, y descrita



Rómulo Gallegos

—bien descrita—con palabras que se hubieran olvidado de todas las academias y de todas las recetas. Nadie expresó ese anhelo con más fervor ni con más elocuencia que nuestro Martí, el que habló de «su inmensa impaciencia americana», el que dijo que «Quien no escribe poema en América es porque no conoce a América.» ¡Poema o novela! Ahí han estado la tierra nueva y dura, la naturaleza sin amo, la selva prieta, el llano desmedido, el río oceánico. Y frente a esa gran escala de cosas naturales, el indio, cargado de contemplación quieta, y el *pioneer* lleno de codicias dinámicas, nieto de los primeros violadores, el nuevo americano de la sabana y del Ande.

Todo estaba esperando la novela. Pero la novela cruda y recta, a espaldas también de la retórica lujuriante y chocanesca. Ya la *María* de Isaacs—tan injustamente menospreciada—nos había dado una emoción del paisaje, aunque teñida de la primera moda romántica. Luego, las demás modas europeas nos siguieron distrayendo. Se quedó la novela de color por la urbana, por la social, por la psicológica, por la frívola. Al fin llegó Horacio Quiroga, con sus cuentos poderosos. Y Güiraldes con su *Don Segundo Sombra.* Y José Eustasio Rivera—el malogrado—con *La Vorágine.* Pero Quiroga era ya una estilización, y Güiraldes una intelectualización de América. De *La Vorágine* sólo conozco unos capítulos admirables.

Ahora esta versión fulgurante de Rómulo Gallegos.

2.—El protagonista de *Doña Bárbara* es el llano de Venezuela.

El llano de Páez el lancero; el llano inmenso entre los ríos inmensos. «¡Tierra ancha y tendida, toda horizontes, como la esperanza, toda caminos, como la voluntad!». Pista de centauros y de hatos salvajes. Tierra libre, porque la preside «el exagerado sentimiento de hombría producido por el simple hecho de ir a caballo a través de la sabana inmensa». Y, sin embargo, teatro de dominios bárbaros, de feudos y de cacicazgos; semillero de caudillos, donde los odios corren parejas con las lealtades y la astucia con la bravura. Allí el peligro es un deporte diario, y la vida se vive en función de masculinidad: enlazar, domar, castrar, matar. ¿Qué extraña pasión es ésa que engendran las latitudes sin confín? Como el mar, el llano cría sus amores y sus celos, y prende en sus hombres el vicio de lo ilimitado, dolencia de marinos.

Pero dejemos que el mismo Rómulo Gallegos lo describa, en aquella «lengua caliente de Venezuela» que ya alabó Martí: «El Llano enloquece, y la locura del hombre de la tierra ancha y libre es ser llanero siempre. En la guerra buena, esa locura fué la carga irresistible del pajonal incendiado, en Mucuritas, y el retozo heroico de Queseras del Medio; en el trabajo: la doma y el ojeo, que no son trabajos, sino temeridades; en el descanso: la llanura en la malicia del *cacho*, en la bellaquería del *pasaje*, en la melancolía sensual de la copla; en el perezoso abandono: la tierra inmensa por delante y no andar, el horizonte todo abierto y no buscar nada; en la amistad: la desconfianza al principio, y luego la franqueza absoluta; en el odio, la arremetida impetuosa; en el amor: «primero mi caballo. —¡La llanura siempre»! La llanura, que es también macho y hembra, como el mar.

Y en este escenario primitivo, donde toda figura y suceso se ponen a escala con el marco descomunal, Rómulo Gallegos ha situado un conflicto de caracteres, de ritmos vitales, de conceptos sociológicos y jurídicos—la lucha del propietario de derecho contra el amo de hecho, del civilizador contra el cacique de rebenque y pistola, de la ley y la moral contra la rapiña y el instinto. O si se quiere, de la ley de la ciudad contra la «ley del llano». Esos términos antagónicos están representados—¡y con qué pasión!—por los dos personajes centrales: Santos Luzardo, joven abogado, heredero de la antigua y rica hacienda de Altamira, y Doña Bárbara, una «mujerona trágica», ladrona de reses y tierras, vampiresa de voluntades, embrujadora y sensual.

En esta pugna de la ciudad contra el llano elemental, triunfa el criterio civilizado, la fuerza disciplinada e inteligente. Es el «mensaje»—la tesis, si se quiere—de la novela. Rómulo Gallegos, que no conoce a América desde la biblioteca, sino desde el arzón, les insinúa a los americanistas de *doublé*, a los derrotistas de la democracia, cómo es perfectamente viable y hacedero que la obra de la educación venza todas las dificultades mesológicas: cómo no es el caudillo algo fatal, sino superable por la sola eficacia de la voluntad iluminada.

Pero no sería esta novela profunda-

(Pasa a la página 63)

Carlos Préndez Saldías

Luna Nueva de Enero

TENGO en mis manos y estoy leyendo de nuevo, un libro de versos de Carlos Préndez Saldías, *Luna Nueva de Enero.* Nueva ciertamente y de Enero que es el mes nuevo del año nuevo. Y son versos nuevos con esa novedad de los caminos recién lavados que podemos ver, para gloria de los ojos, en los admirables cuadros que pintó Lorrain.

Versos nuevos con una novedad para la cual no encuentro adjetivo. ¿Será el nuevo de la perfecta desnudez que triunfa en estos versos de Angel Cruchaga Santamaría?

«Eres sobre mi vida,
una suave canción d'ojos azules,
nunca sabrás que soy como una llama
que besa agudamente tus cabellos.
En mi silencio quedarás dormida,
clara y azúl como un jazmín de oro.
Suavizaré todo rumor del mundo,
para que tengas el perfil sereno,
en el espejo turbio de mi vida.
Pasarás como un canto,
que va en puntillas
para no morir.»

Yo no sé, pero leyendo estos versos de Préndez Saldías, siento que Francis Jammes está a mi lado y habla y florecen mis oídos con los alejandrinos de las Geórgicas Cristianas:

«De temps en temps l'un de ces anges touchait terre,
et buvait a la cruche une gorgee d'eau claire.»
....
«Le bonheur entourait cette maison tranquille
comme une eau bleu entoure exactement une ile.»
....
«Les femmes de ses fils le sein gonfflé d'amour,
guettaient par les fenétres oubertes, leur retour.»
....
«Tout pres de lui chaste soeur des filles de cieux,
la flamme deroulait dans l'ombre ses cheveux.»

Esto es, nuestra querida Hermana Pobreza, de San Francisco, Hermana Sin Adornos, Hermana Desnuda. Esto es como de los Vascos dice Capdevila en su libro admirable *Por Tierras Nobles,* los bien vestidos: el que anda desnudo, lleva el vestido que Dios le dió. Esto es con el horror de la literatura, a cien mil millones de leguas de los versos palabreros, para discos de victrola y pantomimas de circo, vestidos rojos y amarillos de comedias atelanas y propagandas *crom* en democracias mejicanas y repúblicas del mar Caribe:

«Pan pan parramplán pan panplan
pan pan parramplán pan panplam.»
....
«Panpliralan panplan parrán panpliran
panplíralan panplan parrán panpliran
....»

Pero *esos libros* de versos, nunca se leen de nuevo, como esta *Luna Nueva de Enero* que ahora estoy leyendo de nuevo.

Esta *Luna Nueva de Enero* se ha desvestido de los siete velos de la retórica. La preciosa Julie d'Angenne, Duquesa de Montausier, ¿qué se hizo?; ahora es la *Jeune Fille Nue* de Francis Jammes, desnuda y con paso natural.

¿Taconeos? ¿Repiqueteos? Nada.

El acento no muere, pero está bien muerto y sepultado en su cementerio de Coll y Vehí el cascabel de los acentos.

Y las blasfemias plagiadas de la *cosa jacobina?*



Carlos Prendez Saldias
Dibujo de Laureano Guevara (1922)

El velo rojo está rasgado. ¿No es verdad, Rodó?

¿Y las palabritas preciosas y los adjetivos falsos de las mujerzuelas?

Pobre Vargas Vila, qué vas a hacer sin tu velo rojo y sin tu velo amarillo.

Leyendo estos versos nuevos de *Luna Nueva de Enero* pienso que ya sería bueno tuviésemos los hombres una verdadera liturgia para leer todas aquellas cosas que deben ser leídas, *legenda*, que una vez leídas se nos acabará la vida leyéndolas. Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes y hoy Jammes, Guerin, Samain, Capdevila, etc. etc. Una liturgia para las palabras de los hombres, como tiene la suya maravillosa la palabra de Dios. Se abren las puertas y se encienden los cirios y sube el incienso y el sub Diácono es un atril vivo y desde un altar elevado, gregorianamente, con voz solemne, solemnísima, canta el diácono: *Sequentia sancti Evangelii secundum Marcum.*

Los llamados libros de literatura retórica léanse en las recepciones académicas, en los carnavales políticos, en los cortejos de propaganda y en las asambleas de los periódicos *istas*; pero un libro de Francis Jammes, un libro de Angel Cruchaga Santamaría, un libro de José Asunción Silva, un libro de Porfirio Barba Jacob, etc. etc., y este libro de Carlos Préndez Saldías, léanse en voz baja, goteados silenciosamente, lejos del insulto de los aplausos, en una mañanita dormida o cuando la tarde se pone de rodillas y bajo las ramas en flor comienzan a levantarse las primeras estrellas.

Léanse los versos de Préndez Saldías en cenáculo de amigos, sin saña *vieja alzada* ni *mal querencia* d'antes y sobre todo sin levadura palabrera, silenciosamente, como una glosa del libro de horas, bajo la mayúscula A del *Audi filia et inclina aurem tuam.*

«El viento como un pájaro
se ha dormido en los árboles,
en tus ojos amada
pienso, y no ha de saberlo
nunca nadie...»

«Pájaro montañés que no me esquivas
porque me ves el corazón labriego.»

«Y a veces es tan claro el silencio nocturno
como si un instante todo el río pasara.»

....

«Esas hierbas de la orilla
que sueñan irse en el agua
a mi verso cristalino
le hacen frescas las palabras.»

....

«El silencio infinito de la hora
tiene un balar romántico de oveja.»

....

«Y aquí está mi esperanza inacabable
—mi sed de amor que en el amor no amengua—
encendiendo los oros del crepúsculo
para que el día vuelva.»

....

«Y antes! Las cuatro hermanas
que alegraban el huerto
como cuatro mañanas...»

....

«Hermanas: sed felices
en los campos sureños
o en lejanos países.»

....

«Hazte a la mar, buen marinero,
y clava en el palo mayor
—loca bandera del velero—
todo en llamas, mi corazón.»

....

«Ya sabes el misterio de la orilla siniestra
a que arrima su barca la pobre vida nuestra,
y se abrieron tus ojos al horizonte claro
de la mañana inmensa. Yo con mi desamparo
y mi sed de infinito voy pidiendo al destino
que retarde el recodo del último camino.
Un miedo de morir, grande como este anhelo
que me tiene los ojos perdidos en el cielo
y en las rutas lejanas, me deja todavía
ser un buen hombre alegre con mi melancolía....
No vienes a decirme que llegó la mañana,
ni abres, para que mire su canción, la ventana
que da al jardín sonoro. Porque no estás conmigo,
el paisaje no asoma en el verso que digo.»

¿Has oído, hermano?
Audi filia et inclina aurem tuam.

A. H. Pallais

León de Nicaragua.

Desde Santa Fé

= De *El Universal*. México, D. F. =

ACOSTUMBRAN en Nuevo México asolear el chile colorado colgándolo en largas y tupidas sartas rojas, pendientes del techo, como un festón sobre las fachadas sin cornisa. Y las casas de Nuevo México ya sean de adobe estilo pueblo indígena o enjalbegadas de blanco o de ocre a la española, tienen casi siempre en azul el marco de las puertas y ventanas. Los montes son en Nuevo México de altos perfiles donde las crestas simulan la valentía de la mirada estática del piel roja, valentía definitiva situada más allá de la arrogancia y de la acometividad. El color en Nuevo México ya no es gris como en el Norte ni atenuado con los matices esfumantes que elogian tanto quienes tienen que pintar en París; tampoco es tan vivo, tan rico, el color en Nuevo México como en la fiesta solemne máxima del trópico; pero el sol en Nuevo México quema la tierra amarilla y recalienta ciertas peñas al rojo y en los verdes hay una riqueza otoñal de matices, desde los verdes claros de los álamos y pasando por el verde vegetal de los sabinos y los cedros, hasta los colores de llama de ciertos follajes de árboles menores y enredaderas. Los azules de Nuevo México también varían desde el profundo azul de turmalina brasileña de ciertos cielos nocturnos, hasta los azules que casi se deslíen en el deslumbramiento del sol meridional. En los bosques de Nuevo México hay pinos y cedros y suele ocurrir que en las crestas más altas aparece un tapiz de oros claros y de encendidos cobres y de pálidos verdes. La montaña y el desierto dan su estructura a Nuevo México, pero la vida se la ha dado el río. A lo largo de la corriente siempre escasa del Bravo o Río Grande como aquí se le llama, por las dos márgenes del viejo río, crece lo verde, como una larga herida en el desierto.

Cuando la brava roca se enferma y ya no puede persistir en su dureza, luego que ya no puede como granito bruñido devolver al sol sus claridades y teñirlas, la roca se desintegra, se hace polvo y se penetra de noche; de esta misteriosa conspiración de fracaso y de sombras, nace el intento de vida y en seguida el sol generoso la enciende; pero la roca sigue por los milenios que ya sana y se cura de la excrecencia de su desgaste, ya sigue manando años y siglos el agua que produce los gusanos y las plantas. Y esta impresión de enfermedad que se cura suele darla el Río Grande que a veces se seca y enseña al sol todo su lecho de blanco y reluciente arenal. Pero vuelven las estaciones y con ellas el escurrimiento y otra vez a dar musgo tupido y verde que reviste y anima a las rocas y parece querer contagiarlas de la enfermedad de la vida y por sobre el musgo las yerbas se ensanchan lozanas y más arriba los árboles entregan el ramaje a la brisa para dejar correr el alma ya que el cuerpo lo tienen clavado en un solo sitio a perpetuidad.

Y sucede que donde quiera que aparece el musgo y los gusanos y las yerbas, aparecen también tarde o temprano, los hombres, variedad extraña que se mueve sobre el planeta, también de acuerdo con las grietas de la tierra y las corrientes y los follajes. Y en ninguna parte se ve más evidente el lazo que ata las corrientes de agua y las civilizaciones, como se ve en este cauce del Río Grande. A grandes corrientes que rebasan generosamente sus bordes, grandes culturas: esto dicen el Nilo y el Ganges y el Ródano y lo dirán más tarde el Mississippi y el Amazonas. A escasas corrientes que a veces extingue la sequía, civilizaciones pobres que aparecen y desaparecen, para volver a alentar débilmente otra vez; esto dice el Río Grande, cuando lo vemos en su cauce escaso de Nuevo México. Nadie ha podido aquí; ni los indios, ni los españoles, ni los norteamericanos; nadie puede con el desierto y la escasez. Y se diría que no hay más que dos clases de razas: las que se desarrollan en territorios fértiles son razas de primera; las que viven en territorio exhausto son razas de segunda. Esto dice por lo menos un crudo y rudimentario materialismo, que nunca percibe entera la verdad; porque no mira la razón del espíritu, que a veces logra superar al medio y así nace el cambio y de sus frutos procede la civilización; pero para esto se necesita la complicidad del mar que ha salvado a los griegos y a los ingleses. En Nuevo México faltó por completo la facilidad del cambio y por eso fracasaron los indios y los españoles y hoy que los norteamericanos han traído la posibilidad del intercambio, la tierra se está volviendo, lo que tienen que llegar a ser todos estos parajes, museos y sitios de pensamiento, no de trabajo ni de explotación. Pero esta ya es vida venida de afuera y confirma el fracaso del Río Grande como cuna de civilizaciones. Una serie de interesantísimos abortos, parece la historia de las tribus y pueblos que han elevado moradas en estas vegas del río que hoy marca el lindero de las dos culturas americanas. Los indios habitaron aquí en cuevas y construyeron moradas de barro; los españoles hicieron aquí remedos de sus grandes iglesias y de los orgullosos palacios que habían asentado en el Sur; pero también construyeron con tierra y con barro construyen sus casas de flamante higiene interior los nuevos amos de estas riberas de tipo inmutable. Y la comarca no llega a ser híbrida sólo porque en realidad nunca se ha precisado; primero una frontera de las civilizaciones prehistóricas del México tropical; después provincia remota de la cultura española y hoy rincón preferido de anglosajones que no se ocupan de asimilarlo sino que, al contrario, procuran cultivarle la originalidad, no queda en el fondo aquí otro triunfo que el de la montaña, que ya hubiese convertido todo esto en arenal si no fuese por la resaca de las grandes civilizaciones limítrofes ya señaladas. Pero lo que le falta a Nuevo México en materia de recursos para las gran-

des civilizaciones del cuerpo, lo reemplaza con una abundancia de hermosura desinteresada. Más bien dicho, interesantísima, dado que la hermosura es algo de lo que más interesa al espíritu.

Los indios de Nuevo México usan automóvil Ford y parecen adiestrados en el oficio de la propia exhibición. Sólo por eso conservan las plumas; pero sus artes, la cerámica, los tejidos de lana, los motivos de la decoración, todo se mira como un decaimiento y empobrecimiento de la riqueza artística de México; una especie de disminuída floración provinciana. Autóctonos no son ni los espejos de los comanches, porque aun el arte de los espejos lo trajeron los españoles y lo que se halla de indígena descubre también seguras procedencias de lo azteca, de lo maya aún. Un imperio tan grande como los Estados Unidos no podía prescindir de tener arte indígena, así se explica el esfuerzo de los norteamericanos empeñados en ver por aquí inspiración autóctona. La verdad es que en estas zonas de la tierra muere toda cultura y si mañana se retirasen de aquí los norteamericanos su huella se borraría tal vez más pronto que la huella cherokee o la española. En estos sitios no enraiza el hombre, aquí sólo perdura la fiesta del sol encima de la perennidad de las arenas y las montañas.

En el Antiguo Palacio de los Gobernadores—modesto caserón de un sólo piso que ocupa todo un lado de la antigua plaza—se conservan los retratos de los gobernadores; también el retrato de Villagrá; el primer poeta de Nuevo México, dicen los rubros, que cantó las hazañas de la conquista española en estas regiones. La lista de los gobernadores mexicanos todavía no termina, puesto que todavía viven hombres de raza pura mexicana que han ejercido el poder local bajo la soberanía yanqui; pero observando yo los retratos de esta humilde galería política: rostros insignificantes, si se exceptúa el retrato de Anza, que desde aquí se fué a fundar San Francisco, mirando estas viejas caras se entienden muchas cosas cuando se pasa de los rasgos firmes de los gobernadores que mandaba España en los buenos siglos, a los rasgos a menudo insolentes, pero siempre débiles, de los gobernadores santannistas de nuestra mala época mexicana.

Hay en Nuevo México pueblos: Socorro, Santa Fé, que no podrían borrar la huella mexicana; los mismos trabajos de orfebrería y platería y los sarapes son hechos, no como se supone por indios, sino por mexicanos que tomaron su oficio de la antigua Nueva España; sin embargo, estos hombres que conservan el idioma español, suelen no sentirse mexicanos; hay también aquí en esta hermosa tierra muchos anglosajones que quisieran vestirse de indios y volver a la vida primitiva a la cual revierten necesariamente ciertas regiones. Como que se pierde en estos sitios el sentido de particularidad para dejarle a la vida sólo su profunda emoción de humanidad.

El Río Bravo no ha sido creador de culturas; ha sido siempre Río límite. Y esta zona es de indiferencia por los destinos tangibles. Por aquí llega la resaca de las civilizaciones. Entró muy profunda la resaca indígena del Sur; se impuso después avasalladora la resaca española; llega ahora el ruido de lo yanqui. Parece que ninguna arraiga; nadie se empeña en dejar huellas seculares. Se construye con polvo amasado en agua, como si sólo imperase el Dios de los Vientos, que se manifiesta en los vistosos remolinos del desierto.

Y ni siquiera el viento se apresura en estas tierras, donde la montaña desmadeja, disipa al huracán. Las montañas ya no quieren vida. Quizás anhelan curarse la herida del río y entonces si ellas se curan nosotros tendremos que inventarnos una estructura menos deleznable que el polvo.

José Vasconcelos

Una noche de lluvia

A *Carlos Montenegro.*

Eran dos hermanos. Cuando Juan iba a la escuela, Huireneya era mi pequeño, se quedaba en casa jugando con sus casitas de barro. Cuando ya tuvo seis años, Juan tenía ocho, y ya no quería ir a la escuela. Los profesores eran siempre los verdugos de la niñez. Cuando uno dejaba de asistir a las clases, con qué maestría le rajaban la palma de las manos a palmetazos. El ridículo de pararlo en medio del patio todo una mañana, mientras los demás niños corrían y gritaban jugando al tren, le dejó un negro sedimento de odio.

Juan tenía terror a la escuela, el mismo terror macabro que tenía al hermano mayor que hacia de papá en la casa. La figura alargada del hermano como un fantasma siempre delante de él. Cuando Huireneya iba a la escuela, Juan aprendió a robarle a la mamá monedas y sus alhajitas que vendía por nada en las tiendas; con el valor compraba conservas y dulces, y se iba por los cerros llevándose amigos harapientos; allí vivían su vida, se reían y gritaban tirados sobre las lomas erizadas. El sol es tan bueno que los acompañaba siempre hasta la casa. Cuando Huireneya quería avisar que Juan no iba a la escuela, le llevaba un dulcesito en el bolsillo y él se callaba.

Un día mamá avisó al hermano mayor que se perdían sus alhajas. Esa mañana, aturdida de remordimiento encerróse en su cuarto. Al día siguiente muy de madrugada, cuando todavía los pájaros no cantaban, atravesó el corredor la figura alargada del «papá», y sin decirle nada se llevó a Juan a la huerta. El niño lloraba desesperadamente, mientras la mamá daba vueltas por los muros de la huerta, con su cara arrugada de mujer sufrida, y al no poder entrar por la puerta que estaba atrancada, llenó sus ojos de lágrimas; tiritaba el frío en sus labios al sentir cada vez más el llanto de su hijo. Gritaba y se maldecía por haberlo delatado, dándose de tumbos en las paredes agrietadas. Cuando salió no llevaba zapatos y mamá se arrojó sobre su hijo, besándole la cara amoratada de látigos; al levantarle la camisita ensangretada ella rompió en un llanto inacabable, lo estrechaba entre sus brazos hasta no sentirse la nariz—Hijitico, quién te hizo?—Lamiéndole el pechito lo ahogaba en su dolor—Me quieres hijitico?—Mamá no tiene la culpa; no harás más?—Mira, somos muy pobres!

Esa tarde cantaban los zorzales en los guindos y por las montañas habían nubes espesas. Juan se llevó a Huireneya a los cerros y le platicó como un hombre grande, le dijo muchas cosas tristes que Huireneya lloró. Cuando regresaron a la población no tuvieron valor de entrar a la casa, de lejos divisaron al hermano parado en la puerta como un condenado y se fueron a la plaza a sentarse sobre un poyo; allí les alcanzó la noche, negra y silenciosa. A las pocas horas en el cielo se apagaron las estrellas y cayó una lluvia fuerte, tan fuerte que el viento gritaba en los techos, hasta hacerlos dos puntos inmóviles. Los rayos y los truenos chicoteaban la cara, ni una alma cruzaba la plaza y corría el agua como un río. Ellos en el poyo, acurrucados, mirando fijamente noche adentro. Huireneya se le acercaba cada vez más, su corazón reventaba en el silencio. Cuando cruzó un rayo luminoso, Juan sintió la mirada penetrante y fija de Huireneya. La noche caía a pedazos sobre los postes inmóviles que se encendiaban con los rayos. La lluvia y el viento aullaban en la inmensa soledad, a veces más triste que la misma vida.

Cuando Huireneya dejó caer la cabeza húmeda sobre las rodillas de Juan, éste le besó varias veces en la boca humeante, tapándole la cara con su saquito de dril. El frío era cada vez más

---

Una nación que se sienta viva necesita del empréstito. Ello es un proceso de actividad vital beneficioso a la postre, con tal que los elementos de las deudas se subordinen al desarrollo del genio nacional. Una nación que en su afán por nivelarse con otras que llevan una vida más próspera, se somete servilmente al molde que éstas le suministran, descuidando la posesión activa de sus tradiciones, se condena a sí misma, a una mediocridad sin esperanza. Para llegar a ser potencia grande y fecunda, una nación ha de empezar por ser fiel al imperativo de su instinto, y aquí es oportuno recordar que en el español, tenemos un pueblo de fuste sumamente tenaz e independiente, abrumado, mas no destruído, por el desgobierno en que ha vivido durante varios siglos, y por el debilitamiento de las aptitudes de política autónoma que antaño poseyera.

Havelock Ellis

(El alma de España)

---

intenso; Huireneya era como un trozo de hielo que le quemaba las piernas. Lo que para Juan era claudicación, para Huireneya no lo era y se lo llevó hasta la puerta; cuando salían a abrir, él se regresó a la plaza corriendo por entre los charcos, donde los sapos saltaban croando sobre las cuerdas de la lluvia, y dándose Juan entre dientes Huireneya, Huireneyita. La lluvia era cada vez más fuerte, ya solo, más solo que nunca, apoyando la cara entre las manos, miraba la lluvia y al viento que se degollaban en el desierto de la noche, cayéndosele las lágrimas más heladas que la misma muerte. Lejos, más lejos sentía su corazón como una araña que le gangrenaba la garganta, y cuando más lloraba sintióse dormir reluciendo sus ojos como dos puntos rojos incrustados en la pared.

Al día siguiente despertó con fiebre sobre las faldas de mamá que reía y lloraba apretándole entre sus brazos morenos, como si nunca le hubiera hecho una caricia.

Serafín Delmar

México, D. F., Abril de 1929.

Bestezuelas de Dios

El comején

No sabemos de qué regiones misteriosas viene. Precede al primer chaparrón invernal y se presenta en vuelos cortos y un poco pesados, con sus alas transparentes y algo largas que le dificultan un tanto sus correrías. Brota como por encanto y su ejercicio inicial se concreta a tejer una maravillosa danza concéntrica al rededor de una llama.

Tiene andares delicados de mujer, y su estampa, ceñida en la cintura, nos da la sensación de esas damas que admiramos en los empolvados retratos antiguos, de amplios miriñaques.

¡Pobre comején voraz! La más leve brisa le arranca las alas, y así, parece un ángel caído, castigado por el pecado de la soberbia. Ya sin los remos voladores y caminando menudo, finge un barnizado canutillo de chocolate.

Al revés de los demás insectos, el comején ha tenido que abandonar sus alas en las vueltas del camino para comenzar su entrenamiento en la vida. Y ya lo tenemos en su oficio: Ensayando a bordar sus complicadas filigramas, se desliza con recato por entre la ropa olorosa a estoraque que guardan los cofres antañones; se las da de erudito, y en achaques de letras gusta de penetrar en las bibliotecas y en los más preciosos infolios deja el recuerdo imborrable de sus arabescos; ya en los muebles elegantes hace sus rotundas perforaciones y se introduce de cabeza con la fuerza punzante de un tirabuzón.

En constancia y tesón sólo se le compara la hormiga.

Metido en su hueco profundo que ha redondeado matemáticamente, su noche carece de lampos aurorales. Su agudo barreno trabaja con persistencia en la oscuridad como la lengua mordiente del calumniador. Su taladro, lento pero continuo, va avanzando a través de la madera hasta pasar al otro lado, en donde al cabo asoma un clavo de luz, del cual huye medroso por haber vivido en su prisión sombría durante largo tiempo.

Su berbiquí cortante ni se amella ni languidece. Semeja a ratos trocito de ámbar que camina o fúlgido canutillo de cristal desprendido de algún collar mágico de hadas.

Diminuta broca viviente que vas por los senderos ocultos esculpiendo tus magníficas taraceas caprichosas; breve tornillo penetrante; cilindro incansable que sólo respetas la virtud resistente de los metales, tú, con cierta filosofía, que muchos desearíamos, te fabricas tu propia tumba como los cartujos «de morir tenemos».

El escarabajo

Parado sobre una raíz horizontal a flor de tierra nos miente nudo extraño o excrecencia vegetal que irisa el sol caldeando su caparazón. Su recia conformación acuerda un metálico goterón de acero pavonado desprendido de alguna hirviente fundición y cuando cruza el espacio bala zumbante que en la trayectoria nunca pierde el objetivo.

El escarabajo no se agarra para subir como el gusano, sino que en su marcha trabajosa es sólo un sencillo peón de camino y posée en las patas medias y traseras sendas puntas ferradas con que se aligera la marcha, hincándolas al caminar.

En la estación de las lluvias duerme y trabaja bajo tierra, en silos de un negror absoluto, pero cuando la primavera revienta en los primeros brotes, empiezan para él los festines de la vida. Entonces de su obscuro agujero asoma a la superficie y allí se está horas enteras bajo los flechazos del sol irisando su armadura como una gema rutilante.

Este insecto hierático que se encuentra grabado en los monumentos antiguos y esculpido en piedras preciosas, servía como un seguro amuleto de las momias faraónicas. En el Egipto, el escarabajo sagrado tenía la virtud de conjurar las enfermedades y deshacer la mala ventura.

Tan pulido y refulgente bajo la lumbre espectral, este singular caballero de loriga, armado de todas las armas, enarbolando una tizona resistente en la parte delantera, con garfios y tenazas temibles ¡quién diría que es un apasionado trajinante de inmundicias y un consumado sibarita en asqueantes carroñas!

Forjador insuperable de granadas inofensivas con los deshechos digestivos de la raza bovina, fabricante de peras malolientes en donde depositas el germen que mañana ha de perpetuar tu especie al través del tiempo, ¿qué signo irónico mezcló el reflejo áureo de tu coraza perfecta—en donde el sol se complace en quebrar sus abanicos irisados—al gusto de traficar con los detritus más repugnantes? En los vaivenes del mundo te me pareces a ciertas almas bajas que yo conozco, que se connaturalizan en el trajín y explotación de los más bajos menesteres humanos.

Blanca Milanés

San José—Costa Rica
1929

Los concheros han ido a despertar en su favor la piedad de la United Fruit Company. Quieren tener unos instantes para comer en calma. Los preocupa eso de alinearse veinticuatro horas, diurnas y nocturnas, entre los carros llenos de racimos de banano y la máquina que se consume entre las bodegas del barco, debilitados, sin espíritu para resistir el continuado y monótono trajín. Durante el día algo pueden engullir. Pero las noches son duras y aniquilantes. Cómo los envuelve el viento de la madrugada y les va calando los huesos. Y si hay lluvias, es más duro el trasnochar. Por eso van a pedir al amo un poco de piedad, a fin de que vuelva a restablecerse la práctica que les permitía cesar una hora en la carga del banano para ir a sus casas a comer sin zozobra. Es seguro que han de poner tanta súplica en la petición que les concedan la merced. Prometerán sin duda un rendimiento mayor que compense los instantes perdidos y una obediencia más cierta a los capataces de cuadrillas. Es la única forma de seguir en el disfrute de la protección de la Compañía. ¿Qué harían si ella les niega el trabajo? Y lo peor es que ya ha venido a sonar a sus oídos la noticia de que la Compañía retirará un barco cada semana. Esto significará, si es de Bristol o de Nueva York, setenta mil racimos menos cada semana, si es de Boston o de Nueva Orleans, cuarenta mil racimos de merma. Los concheros piensan que se les disminuirá mucho el salario, pues ganan siete centavos oro por cada mil racimos que la Compañía da fe de haber embarcado. El anuncio los tiene inquietos.

Es en estos reductos miserables en donde primero se percibe el desarrollo de un plan para obligar al país a capitular. La Compañía frutera siente que hay una conciencia formidable que la repudia y exige un arreglo decoroso de la cuestión bananera. Ella ha querido llevar con sus propios guías a los hombres que deben dar la ley previsora y justiciera. Pero gran número de esos hombres quieren de verdad una patria sin ataduras y luchan por imponer una defensa enérgica. Es contra esos hombres contra los que ahora ensaya un procedimiento siniestro. Los concheros han oído decir que se suprimirán barcos. También los que por aquí vivimos lo hemos oído decir, pero con el comentario de que eso es parte de un plan que dará resultados matemáticos. La United Fruit Company traerá el llanto y el crujir de dientes de que habla la sabiduría bíblica sobre esta región atlántica. Como es esta hidra la que gobierna, tiene en su poder la prosperidad o la ruina de muchas gentes. Sabe que el clamor lo levantará en un instante y lo bajará tan rápidamente como ella lo quiera. La supresión de barcos significará el rechazo del banano a los productores. Y como ella puede hacer esa iniquidad impunemente, no habrá fuerza que la contenga. Como consecuencia, el productor implorará, como lo hace ahora el conchero, y la Compañía dirá que no tiene interés en continuar sus negocios

Estampas

fruteros en Costa Rica, porque las tierras están agotadas o por cualquiera otra razón estúpida. Pero como el productor seguirá implorando, la Compañía le prometerá su merced a cambio de que el país capitule. ¿Y cómo se consigue la capitulación? Lanzando hordas de productores a circundar a los hombres que en estos momentos van a resolver patrióticamente el problema bananero. Ellos vendrán poseídos del llanto y el crujir de dientes. Pintarán un cuadro de desolación a las puertas de esta provincia del atlántico. Dirán que el país no puede luchar contra la ruina que aletea trágica y voraz. Dirán que todos sus dineros los tienen invertidos en plantaciones de banano y no debe infligírseles un castigo que no merecen. E irán también los comerciantes de aquí en plegaria dolorosa a agregar la nota conmovedora. Hablarán de la paralización de los negocios desde que la United Fruit Company cesó de proteger los intereses de la provincia. No circula ya el dólar, dirán en su lenguaje práctico, y el dólar es la vida de esas regiones. Es preciso que se trate con la United Fruit Company, que se la garantice por muchos años una explotación igual a la que ha venido ejerciendo. Porque de lo contrario la United Fruit Company se irá y no será sólo Limón el que sufra las terribles consecuencias de esa ausencia, sino el país entero.

Así plañirán todos los que en esta región viven en el vientre de este ballenato astuto y voraz que se llama United Fruit Company, en cuanto todos sus planes estén en funcionamiento. No podrán reducir al hombre de buena probidad y entonces le sueltan todas esas fuerzas para que lo venzan, llevándole el terror de que, es verdad, la patria va a terminar con meter en un aro patriótico el asunto bananero. Pero hay que señalar de antemano la algazara que puede salir de estas regiones. Que los hombres de visión del país incorporen a sus enemigos este otro factor. La United Fruit Company sabe que manejado con habilidad, puede darle beneficios admirables y entonces ya no será ella la que solicite leyes infelices que la dejen pegada eternamente a una explotación múltiple y de rendimientos inimaginables, sino que el país caerá implorante a sus pies. Podrá así ella imponer cuantas condiciones quiera. Más no ha de ser ese nunca el camino que la previsión señale. Si suprime barcos y rechaza fruta y quiere soltar la ruina sobre esta región atlántica, que el país contemple todos esos actos como un esfuerzo calculado para producir el pánico. Ya sabemos que el comerciante chino, o colombiano, turco, coolie, o griego, o negro correrá despavorido por el rumbo que la United Fruit Company le señale para conseguir los fines que ella se propone. Pero ellos no son el país. Viven aquí, porque la United Fruit Company los deja vivir para no hacer tan repugnantemente ostensible su monopolio de todas las fuentes de riqueza. Por encima de este comercio ocasional y trashumante, hay que contemplar la existencia resplandeciente de la patria. El comerciante y el cultivador de bananos se afincan allí en donde saquen dinero.

Hoy viven en Costa Rica, mañana saltan a Panamá, a Honduras o a Colombia, y a ninguna parte van con otro propósito que el de hacerse ricos. No deben por eso pesar tanto en la vida independiente de un país, como para considerarlos fuerza primordial y digna de tomarse en cuenta.

El llanto y el crujir de dientes saldrá de estos bananales y comisariatos de Limón. Pero a eso sólo hay que oponer el dique de la serenidad. Si la United Fruit Company desata, como parece adivinarse desde aquí, esas algarabías en su favor, hagamos entonces que el más duro tributo caiga sobre las tierras abandonadas y les imponga así su vuelta al dominio del costarricense que cultive y enriquezca.

Limón. Julio del 29.

Juan del Camino

El socialismo de Mac-Donald

(Para el *Rep. Am.*)

La ascensión al Gobierno de Gran Bretaña del régimen laborista que preside Mac-Donald, coloca al socialismo contemporáneo en una posición espectacular.

¿En qué forma podrá coordinarse el ideario del Partido del pueblo con las modalidades políticas del vasto Imperio? ¿Es este un momento propicio para intentar alguna transformación económica profunda en el organismo inglés, nacido y desarrollado al amparo del capitalismo y de las doctrinas políticas burguesas, llámense liberales o conservadoras?

La sola enunciación de estos problemas nos lleva a analizar brevemente los métodos políticos de Mac-Donald y a enfrentarlos con la realidad actual de la Gran Bretaña.

A fines del siglo XVIII, el socialismo inglés fué primordialmente agrario. Sus primeros tratadistas estudiaron el problema presentado desde hacía dos siglos: la despoblación del campo. De sus tres tendencias principales - racionalista-fisiócrata y cartistas—, sólo esta última tuvo una fase doctrinal antiparlamentaria.

Más tarde, primer cuarto del siglo XIX, Thomson y Owen dan vida al socialismo industrial. Ambos pertenecen al período utópico de la doctrina y así, siguiendo a Rousseau, proponen la formación de organizaciones sociales basadas en la bondad absoluta del ser hu-

mano. Sin embargo, el primero lega a la posteridad la teoría de la *plus valia*, que sirve a Carlos Marx como uno de los pilares de su doctrina, y el segundo realiza en Gran Bretaña los primeros experimentos en materia práctica social.

Owen compró una fábrica en Escocia, estableció allí un sistema de trabajo rodeado de comodidades, creó la jornada de ocho horas y las cooperativas de consumo; y su influencia en la legislación obrera fué muy grande como promotor de las primeras leyes de talleres, de casas baratas y de educación obrera. Sus representaciones a la Cámara, indicaron a los socialistas ingleses el campo de batalla para el triunfo de la teoría.

Owen, es, pues, un procusor de la acción socialista parlamentaria que se inicia en 1893, con la llegada del primer diputado del Partido, Mr. Hardie, a la Cámara de los Comunes.

Desde esta fecha, el Laborismo acude siempre a las elecciones, y en 1906, obtiene por primera vez una representación apreciable: el seis por ciento del Parlamento.

Vemos aquí una de las principales características del socialismo inglés: su apego a la acción parlamentaria, tan distinto del método seguido en diversas épocas de su desarrollo por los socialistas de Francia, Alemania y Rusia.

De este hecho se deriva una consecuencia importante: el socialismo inglés persigue la transformación económica de la sociedad por sistemas evolutivos y no por medios revolucionarios. Se aparta de la concepción sindicalista de la huelga general y afirma que «el cambio en las circunstancias externas del Gobierno, por ejemplo, la cuestión relativa a Monarquía o República, o la de si el pueblo ha de disfrutar de libertad política o quedar sujeto a esclavitud, puede resolverse apelando a las armas; pero una transformación que tiende a reorganizar el proceso de la producción nacional y del comercio nacional e internacional, que aspira a establecer un sistema de justicia fijando las relaciones entre servicios y recompensas y que viene a terminar con la organización económica que concentra demasiadas riquezas por un lado y demasiadas miserias por otro, no es una transformación de aquellas a que las revoluciones pueden prestar su ayuda.»

Frente a la lucha de clases de la idea marxista, el laborismo inglés sitúa el apoyo de todas las clases sociales para la gran obra de renovación que se precisa.

A la doctrina de la abolición de la propiedad privada del anarquismo, opone la necesidad de mantener esta propiedad, restringiéndola a sus fines favorables y depurándola de aquellos intereses que hacen presa en el bienestar social.

La acción parlamentaria, lleva también al socialismo británico a una flexibilidad en sus doctrinas.

Mac-Donald explica esta posición del laborismo en una Cámara responsable, como la inglesa: «los partidos,—dice—, tienen que dedicar mucho más atención al método y a los programas inmediatos que a los principios abstractos, aunque deben hallar necesariamente principios que les sirvan de molde para estructurar sus programas y de antorchas para guiar sus pasos».

En esta forma, el Laborismo queda en libertad para apoyar en el Parlamento o desde el Gobierno toda indicación que aunque no sea precisamente un punto de su programa, se acerque más que otras al ideal socialista.

Apartándose siempre del criterio utópico, el Partido pretende realizar una legislación constructiva que comprenda algunos puntos del programa: gravamen a la renta de la tierra; control sobre el capital industrial; limitaciones al derecho de propiedad; nacionalización y municipalización de determinadas industrias y servicios públicos; disminución de la miseria; reconocimiento del derecho al trabajo y de la «igualdad de oportunidades para todos los hombres». En la solución de cada uno de estos problemas, se aplicará el método experimental, realizándose así en forma paulatina el ideario del Partido, que no es un dogma revelado sino una tendencia que se modifica en sus aplicaciones concretas, de generación en generación.

Analizado el método de combate del Laborismo, queda explicada también su exaltación al Poder en Gran Bretaña. Creemos que dada la mentalidad inglesa, habría sido difícil el triunfo en las urnas de una doctrina política de utopías más o menos dogmáticas.

Palpita en el Laborismo el ansia de renovación de la Humanidad con fines de justicia social y de igualdad económica; pero este programa es semejante al *mito* de que habla Sorel al referirse a la huelga general como alma mater del sindicalismo francés.

En virtud del ideario, el Laborismo británico agrupa en su seno al sector intelectual del socialismo. Y, por otro lado, la legislación constructiva propugnada en sus métodos parlamentarios, atrae también el contingente electoral de los Trade-Unions, ansiosos de mejoras positivas para la clase obrera, y el muy valioso de la masa inglesa—the man in the street—que en vísperas de toda jornada política pesa los programas inmediatos de los Partidos en lucha.

El triunfo del Laborismo inglés en las últimas elecciones, le proporciona la oportunidad de llevar su ideario a una realización práctica. Sin embargo, no esperemos cambios súbitos en la estructura económica de Gran Bretaña ni en sus orientaciones políticas.

La colaboración que pide Mac-Donald a todas las clases sociales para el logro del programa socialista, lo hará claudicar más de una vez con la clásica doctrina de Marx; y es posible también, que su labor en el Gobierno tenga muchos puntos de contacto con la del régimen conservador de Baldwin.

Nada importa. El ideario socialista inglés permite estas claudicaciones momentáneas en aras de un paso más hacia la meta final.

———

Leonidas Irarrázaval Barros.

San José, Costa Rica, Julio de 1929.

Tablero

= 1929 =

La estimación extranjera

De una carta de don J. C. del Giudice, Director de *El Consultor Bibliográfico* (Calle París 165, Barcelona), para Rafael Estrada, tomamos estas conceptuosas frases:

«Acabo de leer por segunda vez sus *Canciones y Ensayos.* Me ha interesado mucho más que su conferencia sobre Estética. La verdadera estética moderna la ha hecho usted en sus versos. Tiene usted de esteta el ser poeta y el saber decir las cosas en el justo tono de la emoción, y de moderno, la sensibilidad y la independencia. Mucho me agradaría conocer *Huellas.* Si no dispone usted de algún ejemplar (aunque a título de préstamo), le agradecería me extractara algo. Deseo reproducir cosas suyas en mi revista.»

De *Canciones y Ensayos*, edición de *El Convivio*, tenemos algunos ejemplares.

México, D. F., Junio 12 de 1929.

Señor Ricardo Rojas Vincenzi

San José, Costa Rica.

Estimado Ricardo:

A mi regreso de los Estados Unidos para sumarme al esfuerzo de Vasconcelos para arrancar de México la sombra maldita de Satanás que nos ha sacudido por largo tiempo, me

encuentro entre otras cosas agradables su envío de su *Crítica Literaria*.

Agradecida por su atención y llena de interés por el contenido de su librito, leo; más bien devoro las páginas breves y finas que me dicen de personas a quienes quiero, así de lejos; con millas y millas de por medio que no pueden impedir que nos acerque el mismo anhelo, el soplo que nos elige para dejarnos de tarde en tarde mirar un poco la luz que falta en la tierra.

Es de agradecerle el regalo de la biografía de García Monge, el alentador generoso que tiene en sus palabras el tónico maravilloso del afecto y de la indulgencia que sale del corazón.

Yo no soy literata y no hago juicio, pero aspiro con deleite el contenido que es esencia de vidas de personas que tienen grande dosis de espiritualidad.

De otras personas habla usted, todos me interesan, pero Carmen Lyra me es familiar por su preocupación por la educación y por su labor de maestra.

Tengo fe en ustedes, en Costa Rica conjurarán para siempre los peligros, estimando siempre los valores humanos para que nunca tengan que ser purificados con el dolor angustioso que es la expiación de las faltas cometidas por ignorancia y por injusticia.

Con mi agradecimiento y simpatía.

ELENA TORRES

¿Deporte? ¿Deportismo? ¿Deportividad?

Si peró...

Peró, como ha escrito un amigo nuestro, para considerar a los deportistas dignos de estimación y respeto tenemos que ponerles la condición de que el deporte no sea su preocupación central, su centro de gravedad.

El estadio, situado generalmente en barrios suburbanos, no ha de constituir el centro espiritual de una ciudad.

Del Cuaderno de Apuntes de *La Nau* de Barcelona.

Una gran novela americana...

(*Viene de la página 56*)

mente humana si, paralelo a ese empeño civilizador triunfante, que pone sobre el llano inmenso el palio de la razón—despojándolo, sin duda, de algo de su encanto bárbaro—, no nos mostrara también un recio conflicto de emociones y, en la figura de Doña Bárbara sobre todo, un admirable estudio de psicología. Engendro del llano en connubio con la traición de los hombres, su aberración tiene por fuerza desviadora el rencor. Se fustraron en ella, por obra de felonía, mil posibilidades nativas de bondad y de ternura, y el resentimiento, complicándose con la avaricia y con la sensualidad, le dicta a Doña Bárbara el odio al hombre y una rebeldía salvaje contra todo lo que no sea sus instintos. ¡Hermoso monstruo, esta caciquesa del llano! Hay que buscarle sus pares en las sagas germánicas, en las cruentas Brunildas de la leyenda.

El relato de esos conflictos—que se subjetivizan al enamorarse la caciquesa de su propio enemigo—, gana pausas y amenidades deliciosas con la descripción de las costumbres llaneras. Hay un juego de motivos folk-lóricos y de aventura que dan a toda la obra una ancha escala emocional. Y la prosa—rica en la jerga campesina y en el resabio castellano—tiene el vigor, la elasticidad, la calidez que convienen a semejantes hombres y cosas. Tiene, también, la agilidad sintética del decir literario actual, sin que llegue a aquellas trasposiciones y resonancias intelectuales que, tratando parejo tema, logra Jules Supervielle en su bella narración de la pampa *Le Survivant*.

Doña Bárbara es una magnífica novela de color americano. Envidiémosela a Venezuela, que ve tan vívidamente retratada en ella su entraña llanera. Y alcémosla en alto, para que toda América—y toda Europa—la mire y la aplauda.

Jorge Mañach

(Tomado de *Excelsior-El País*. La Habana.)



LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias para muchachos

Suplemento al Repertorio Americano

Blancanieve y los enanos

= De *La Nación*, Buenos Aires =

I

Érase una linda reina de un país de fantasía,
que se pasaba el invierno sentada ante un ventanal,
entregada a sus labores, mientras la nieve caía
cubriendo la parda tierra con su blancura letal.

Un día pinchó la aguja la yema del dedo fino,
porque se escapó el dedal,
y unas gotitas de sangre tiñeron el albo lino
de la costura real.

Y la reina, suspirando, dijo al ver la herida aleve:
—Dios mío, dame una hijita de hermosura sin igual,
con las mejillas rosadas y la piel como la nieve,
y la cabellera obscura como la noche invernal.

Y, conforme a los deseos maternales, vino en breve
a palacio, entre festejos de una pompa excepcional,
la esperada princesita, que llamaron Blancanieve,
unos graves sacerdotes en la pila bautismal.

II

Mas sólo el dolor y el mal
duran en la vida humana,
y toda dicha cabal,
pasa como sombra vana.

Murió la reina consorte,
y el rey tomó por esposa
a una dama de su Corte,
altanera y vanidosa.

Pagada de su belleza,
creía la castellana
ser en donaire y realeza
doblemente soberana.

Y un espejito tenía
que hablando a solas con ella,
por arte de brujería,
adulador le decía:
—¡Tú eres, reina, la más bella!

III

Y pasaron varios años. Blancanieve ya es ahora
una cándida doncella de beldad encantadora.
Y la reina ante el espejo, contemplándose la faz,
oyó un día entre los días la sentencia: «¡Oh, mi Señora!,
por hermosa que tú seas, Blancanieve lo es aún más».

De la pérfida madrasta por los celos perseguida,
en un bosque a Blancanieve la llevan a ejecutar.
Pero es la joven princesa tan gentil y bien querida,
que se apiadan sus verdugos, y dejándola escondida,
se alejan con la esperanza de que alguien la pueda hallar.

Por el bosque solitario moviendo la planta incierta,
Blancanieve caminaba, cuando descubrió al azar
la casita diminuta de los duendes, cuya puerta,
en ausencia de sus dueños, generosamente abierta,
brinda al triste caminante las tibiezas del hogar.

Halló la niña en la casa, siete camitas tendidas,
y en la mesa, siete platos con sendas viandas servidas,
y un vasito de buen vino junto de cada manjar.
Apremiada por el hambre, probó las siete comidas,
y en uno de aquellos lechos acostóse a descansar.

Era la hora en que vuelven desde confines lejanos
con sus linternas prendidas los duendes a su mansión.

Y al hallar a la dormida Blancanieve, los enanos
le besaron, sigilosos, las mejillas y las manos,
y le velaron el sueño con devota admiración.

Despertó, y al encontrarse con los gorros puntiagudos
y los ojillos chispeantes de los enanos barbudos,
la niña, toda medrosa, por poco se echa a llorar;
pero ellos se deshicieron en cumplidos y saludos,
y la declararon dueña de su bosque y de su hogar.

Relató a los enanillos Blancanieve su aventura,
y admirando de la niña la humildad y la cordura,
se mostraron decididos a prestarle protección.
—Nunca salgas—le dijeron,— si te quieres ver segura,
nunca salgas de la casa, pues te acecha la traición.

¡Cierra puertas y ventanas, Blancanieve, en nuestra ausencia!
Que esa loba, tu madrastra, ni sospeche que aquí estás.
Mas un día, allá en palacio, la madrastra sin clemencia,
consultando al espejito, le escuchó esta confidencia:
—¡Por hermosa que tú seas, Blancanieve lo es aún más!

Supo así que Blancanieve no había muerto, y ardidosa,
mil variadas chucherías sale al punto a pregonar,
y de vieja vendedora disfrazada, no reposa
hasta dar con la casuca, donde grita, la andrajosa:
—¡Cintas, peinetas, puntillas!... ¡Hay que ver para comprar!..

Acudiendo a la celada de la astuta buhonera,
por comprar un peinecillo, Blancanieve sale afuera
y rendida a los melindres de la vieja, a discreción,
deja que ella ponga manos en su linda cabellera,
con el peine más bonito que trajera en el cajón.

Y como el peine tenía los dientes envenenados,
no bién rozó los cabellos, obró el tósigo mortal.
Y escapó la buhonera con pasos apresurados,
mientras cae Blancanieve, dando gritos angustiados,
y se queda sin sentido, como muerta, ante el umbral.

Los duendes que regresaron en la noche de aquel día,
conocieron al instante la sutil hechicería,
y quitando el peinecillo, la difunta volvió en sí.
—Fué la reina—le dijeron,—quien matarte pretendía.
—Ten cuidado, princesita, nunca salgas más de aquí!

Ya la reina en su palacio, se alegraba con la idea
de que al fin en un sepulcro su entenada duerme en paz.
—Ya la muerte—se decía,—me ha librado de esa fea!
Y pidiendo al espejito la repuesta que desea,
le responde:—¡Si eres linda, Blancanieve lo es aún más!

Impulsada nuevamente por el odio en que se afana,
otra vez la reina sale disfrazada de paisana,
y engañando a Blancanieve con su rústico candor,
cual primicia de sus huertos le presenta una manzana
que a comerla sólo incita por su espléndido color.

Blancanieve la desea y a tocarla no se atreve,
mas la reina ante esa cauta, reservada timidez,
—¡Mira cómo nada impide que a la boca me la lleve!
—dijo, dándole un mordisco.—¡La probemos, Blancanieve!
¡La manzana está exquisita: ¡Toma, muérdela a tu vez!

Por el lado de la fruta más rosado e incitante,
hinca el diente la golosa desdichada, y al instante,
cae inerte, de un veneno por mortífera virtud.
Y el espejo de la reina sólo dice en adelante:
—¡Ya en el mundo nadie iguala tu belleza y juventud!

Regresaron a la noche los enanos y afligidos,
ya no hallaron en su ciencia ni un remedio para el mal.
Y adornando a Blancanieve con magníficos vestidos,
la pusieron, cuidadosos, conteniendo sus gemidos,
en lujosa y esplendente caja de oro y de cristal.

Al llegar la media noche, precedidos del más viejo,
se la llevan los enanos en fantástico cortejo
a la cumbre donde suelen sus tesoros esconder,
donde duerma para siempre de los astros al reflejo,
donde el odio y la venganza no la puedan ya ofender.

Y he aquí que estaba escrito que la muerta viviría,
mas tan sólo por influjo de un osado corazón,
que encendido en amor puro del hechizo triunfaría.
Y una tarde a la montaña, por andar de cacería,
llegó un príncipe a la zaga de sus criados y su halcón.

Y aquel era el enviado del destino, cabalmente
quien rendido al raro encanto de la pálida yacente,
toma el cofre de la niña por espléndido joyel;
y de ciego amor transido, con instancia reverente,
se la pide a los enanos cuidadores, el doncel.

Se la pide a los enanos por llevarla a su palacio,
donde en cripta revestida de turquesas y topacio,
todo el resto de sus días su hondo sueño velará.
Y promete trasladarla con sus hombres, muy despacio,
y que él mismo, con las andas, por delante bajará.

Los enanos accedieron, sospechando en esa extraña
insistencia del mancebo, de un prodigio la señal.
Y ocurrió que mientras bajan con el cofre la montaña,
cae de bruces un lacayo que sustenta la peaña,
y se quiebra en mil pedazos el féretro de cristal.

Y fué el golpe con tan grande brusquedad y suerte tanta,
que un trocito de manzana detenido en la garganta
de la hermosa Blancanieve, saltó al rudo sacudón.
Y ella, entonces, despertando de la muerte, se levanta
en los brazos del amante de intrépido corazón.

Celebráronse las bodas con grandeza incomparable,
y el padrino fué el rey padre del príncipe cazador.
Y a propósito invitada la madrastra miserable,
quedó, al ver a la doncella candorosa y adorable,
para siempre entontecida de despecho y de rencor.

Juan Carlos Dávalos

Salta, Septiembre 16 de 1926.

Imprenta, Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica